

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

los blancos cisnes sangrientos

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

CURTIS GARLAND

LOS BLANCOS CISNES SANGRIENTOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 587

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 21.162 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1973

© CURTIS GARLAND - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Sally Hoffman dirigió una mirada al reloj del establecimiento.

Las cinco y treinta minutos, exactamente. Hora de cerrar.

Suspiró, dejando de envolver la pieza solicitada por el coleccionista. Se encaminó a la puerta para cerrar. Había estado esperando ese momento durante toda la tarde. Nunca sintió más deseos de pasar el pestillo, bajar la cortina y poner el cartel de «Cerrado» tras los cristales de la entrada.

No se sentía demasiado bien, aquel día. Su cabeza le dolía fuertemente, y se encontraba ligeramente febril. La humedad de aquel invierno acaso influía en la cantidad de afecciones gripales que se estaban dando en todo San Francisco. Y, por lo que parecía, ella no iba a ser una excepción.

Sally Hoffman se preguntó si sería realmente el principio de una fuerte gripe, que la pudiese obligar a permanecer en cama más de dos días. Tenía ante sí todo el fin de semana, ciertamente. Desde el viernes por la tarde aquél, en que se disponía a cerrar su establecimiento, hasta el lunes a primera hora. Esperaba que fuese suficiente para reponerse de cualquier indisposición. No quería verse obligada a tener cerrada la tienda el lunes.

Era, precisamente, el día en que tenía más compromisos que atender. Y el día en que vendría su cliente por aquel trabajo especial.

Pasó el pestillo de la puerta. Bajó la cortina, tras volver el cartelito, indicando que el establecimiento estaba cerrado al público. Y se sintió mejor, dentro de la tienda repleta de animales que la contemplaban fijamente desde sus estantes, desde el suelo, desde el mostrador, las vitrinas y los escaparates.

Miradas fijas, de vidrio, como ausentes y a veces malévolas, según la clase de animal en el que se hubieran incrustado las piezas de vidrio fingiendo ojos brillantes, vivaces y escudriñadores.

Solamente una ficción en aquella piel rellena, que ya no era nada, sino un simple recuerdo, la estampa muerta y rígida de una zorra cazada azarosamente, de un animal doméstico querido, de algún ave de presa admirada, o de algún miembro de la fauna, que resultase decorativo en una estancia.

Eso era la taxidermia, a fin de cuentas. Simple disección de animales. Piel bien conservadas, plumaje, pelo, piel, y poca cosa más. Garras, colmillos, apariencia de vitalidad en la expresión fiera de un puma o de un simple lobo, en la doctrinal expresión de un severo búho o en la mueca sardónica de algún otro pájaro curioso. En el arqueado felino de un gato o un ocelote, en la fidelidad bonachona de algún perro sin raza definida, o en la gracia picaresca de una ardilla o cualquier otro roedor silvestre.

O aquellos peculiares, esbeltos, arrogantes y blanquísimos cisnes...

Los cisnes.

Sally Hoffman los contempló fijamente. Eran bellísimos. Una de las criaturas más hermosas de la fauna. Plumaje sedoso, pulcro, blanco brillante, impoluto; cuello esbelto, largo, cabeza majestuosa, como si aún estuviesen flotando con grácil armonía en las aguas azules de un lago o de un estanque.

Y, sin embargo, estaban muertos. Muertos y disecados.

Sally se sentía contenta de su obra. Era un encargo especial, y creía haberlo cumplido a conciencia. Los cisnes parecían vivos. Uno creía que, en cualquier momento, cimbrearían su cuello, moverían las nevadas alas esponjosas, y avanzarían sobre el vidrio azul intenso con el que se fingía un lago artificioso para las aves disecadas.

El lunes vendrían a recoger las piezas. Eran dos. Dos hermosos cisnes, en los que ella había puesto el máximo esmero y cuidado para dejar la impresión de belleza y de arrogancia que tales aves poseen en vida. Creía haberlo logrado enteramente.

Terminó de embalar, sin prisas ya, el ejemplar de gato siamés que debía dejar en la vivienda de un cliente, en

O'Farrell,

cuando ella abandonase la tienda, camino de su residencia en Telegraph Hill, al otro lado de San Francisco.

El dolor de cabeza se agudizaba. Le palpitaban las sienes, y

sentía el calor de la fiebre en su piel. Fue a la trastienda y tomó un tubo de aspirinas. De él extrajo dos tabletas, y las ingirió con un sorbo de agua.

Regresó a la tienda, disponiéndose para salir. Apagó las luces, y tomó el envoltorio del gato siamés, dejando solamente la luz que colgaba junto a la puerta, iluminando de modo fantasmal y tenue toda la amplia tienda de taxidermia, repleta de los más extraños animales inertes, como estatuas aparentemente vivas, en las que cualquier reflejo producía la impresión de vida en las pupilas de vidrio, y arrancaba suave brillo a plumajes y pieles. Sombras fantásticas, recortándose contra el techo y los muros, dieron ahora al recinto, con aquella sola y débil luz de la entrada, un aire de zoológico petrificado.

Sally Hoffman sonrió. Estaba habituada a la compañía muda, silenciosa, de todos aquellos animales. Era su trabajo, y no le producía la menor impresión el ambiente. Había quien decía que una muchacha con su juventud, su atractivo, su cara bonita y su figura armoniosa y bien proporcionada, podía estar trabajando en cualquier lugar menos allí, entre formas muertas y silencio.

A todo ello, Sally respondía que su afición era aquélla, heredada de su padre, fundador de aquel negocio y maestro de ella en el difícil arte de la conservación de los animales muertos, y que no hubiera servido, por ejemplo, para enseñar las piernas en la publicidad de unas medias o el busto en el anuncio de un corpiño. Hubiera podido hacer todo eso perfectamente, porque la naturaleza la había dotado generosamente en ambos sentidos. Pero Sally Hoffman, fiel a la tradición familiar de los Hoffman, llegados a Estados Unidos en pleno auge del nazismo en su país de origen, había continuado con la taxidermia, sorda a algunas proposiciones interesantes para su exhibición física en cualquier forma publicitaria o de lucimiento personal.

Tenía ya la mano en el pestillo, para abrir la puerta, cuando sufrió un leve sobresalto. Dentro de la tienda, tintineó el timbre de llamada.

Se quedó quieta, disgustada. Un cliente tardío e inoportuno. Ahora, cuando iba a ausentarse, alguien llamaba por la puertecilla lateral, la que conocían los clientes y utilizaban al ver cerrada la tienda.

Giró la cabeza. El timbre sonó de nuevo, en el lúgubre silencio del establecimiento. Podía salir, cerrar de nuevo tras sí, con la llave, y alejarse. Pero corría el riesgo de que el cliente regresara a la calle principal, desde el pasaje contiguo, y advirtiese su desprecio a la llamada. Esto no quedaría demasiado bien.

De modo que se decidió, cuando ya sonaba el tercer timbrado. Abriría a su retrasado visitante de aquella tarde. Pero si era para entretenerla demasiado, lo despediría sin contemplaciones de ningún género. No se encontraba bien, y no quería demorar su regreso a casa.

Dejó el envoltorio junto a la puerta, encima de una repisa. Regresó con paso rápido, moviéndose en la penumbra, entre los animales herméticos, alguno de los cuales rozó a su paso. Impaciente, el visitante llamó de nuevo...

Llegó a la puertecilla lateral, situada entre una gran vitrina repleta de pájaros disecados, y el muro del fondo, con la puerta a la trastienda. Descorrió el pestillo y giró el picaporte.

—¿Quién llama a esta hora, y qué desea? —preguntó, mientras abría—. Ya es tarde, y tengo prisa por estar en casa lo antes posible y... ¡Hola! ¿Es usted? ¿Qué es lo que desea?

Su visitante no respondió. Se limitó a sonreír, entrando en la tienda. Cerró tras sí con sus manos enguantadas. Sally Hoffman le contempló fijamente.

—No comprendo... —murmuró ella—. No le esperaba hoy... Y menos, a estas horas. ¿Qué necesita exactamente?

Siguió sin recibir respuesta. La visita se movía hacia ella, que había retrocedido instintivamente, con cierta aprensión. Algo en el silencio y en la actitud, toda, de su visitante, no terminaba de gustarle a Sally.

—De todos modos, si es, por el encargo, puedo anticiparle que...

Hubo un movimiento de cabeza, seco y cortante, negando ese punto. Pero siempre sin una sola palabra por parte de la persona recién llegada. Sally se fijó en los ojos del visitante. Había en ellos algo extraño, inquietante. Algo frío y deshumanizado, quizá. Conocía a su cliente. Sabía que tenía motivos para no sentirse nunca feliz en el mundo. Pero ahora era distinto.

—Bien. Entonces, usted dirá —suspiró Sally, molesta—. Diga algo, y que sea pronto, por favor. Debo irme. Me encuentro

indispuesta, y no quisiera perder más tiempo del absolutamente necesario. ¿Qué es lo que desea?

Su visitante no respondió. No, con palabras. Se había detenido junto a un formidable ejemplar de águila real, con su corvo pico perfectamente dibujado, afilado como la más penetrante e incisiva de las armas.

Inesperadamente, las manos enguantadas aferraron aquella figura embalsamada. Como si fuese un rígido objeto contundente, alzó el águila de alas desplegadas, cuya sombra se proyectó violentamente en el rostro repentinamente aturdido y horrorizado de Sally Hoffman.

—¿Qué pretende...? —jadeó.

Y no pudo decir más. Aunque levantó instintivamente los brazos, cubriendo con sus manos el rostro, el animal disecado descargó sobre ella un golpetazo seco, violento. Su pico penetró entre los dedos estirados, y se clavó en su frente, bajo los cabellos rubios, con brutal impacto.

Fue como si un punzón de acero descargase en su frente el impacto. Se abrió la piel, y brotó sangre, con un seco crujido del hueso herido. Sally gritó, asustada, y la sangre corrió sobre su frente, hasta gotear por la nariz. Se echó a atrás, en instintiva defensa, y derribó un lince sobre un tronco de árbol. El águila volvió a caer sobre ella, esta vez martilleando su pico inerte en el pecho, entre sus senos. Saltó la sangre, y penetró la protuberancia rígida en la carne con facilidad, picoteando repetidamente, a impulsos de las manos del agresor. Los senos se salpicaron de rojo violento, y la sangre corrió por la blusa y el sobretodo sin abotonar de la joven taxidermista.

Gritando agudamente, ella siguió atrás, trompició, derribando un enorme zorro disecado, y haciendo caer de una estantería toda una serie de pájaros de todo tipo y tamaño.

El atacante la siguió, inexorable. Había soltado ahora el águila disecada, alcanzando un pequeño guepardo de afiladas garras. Se precipitó sobre la angustiada Sally, y las zarpas del animal embalsamado cayeron sobre el rostro de la joven, brutalmente. El agresor desgarró con saña, moviendo febrilmente aquellas garras.

Un espantoso alarido de dolor y agonía escapó de labios de la joven, cuando esas garras afiladísimas, corvas, destructoras,

alcanzaron su mentón, su garganta, su oreja, sus ya maltrechos pechos sangrantes, en un destroz total y virulento, que provocaba escalofríos.

Uno de los ojos azules de la muchacha reventó bajo los zarpazos. De sus párpados chorreó sangre tumultuosamente... La boca hendida, ya sólo emitió gorgoteos de sangre roja, entre jadeos y estertores. Cayó al suelo, dando tumbos, su cuerpo salpicó sangre por doquier, y terminó cayendo de espaldas sobre el vidrio azul del falso estanque donde fletaban majestuosamente los dos cisnes.

Allí recibió nuevos impactos de las garras sanguinarias, y su cuerpo se revolcó en la agonía terrible, corriendo regueros escarlata sobre el azul cristalino, quebrado por el choque del cuerpo convulso de la que fuera, hasta poco antes, hermosa muchacha rubia, de rostro juvenil, deportiva vitalidad de influencias germánicas...

Su asesino contemplaba con frío deleite, con total ausencia de sentimientos, la obra sangrienta de su agresión sobre la chica del establecimiento de taxidermia.

Luego, esperó pasivamente a los últimos espasmos de la infortunada, que no tardó mucho en quedarse rígida, inmóvil, muy cerca de los blancos cisnes embalsamados, en cuyas plumas níveas se veían ahora manchones rojos, goterones escarlata, de la sangre de la infortunada muchacha.

Después, tan fría y serenamente como agrediese a Sally Hoffman, el criminal retrocedió hacia la puertecilla lateral. Desde ella, giró una sola vez la cabeza, contempló el espectáculo dantesco, bajo la única luz, entre el zoo petrificado de la tienda, y abandonó el escenario del asesinato, dejando el cuerpo sin vida de Sally como una muñeca rota, sangrante, perdida allí entre los animales inermes, de ojos curiosos, artificiales, fijos en el horror que, súbitamente, había venido a romper su silenciosa paz de seres sin vida.

La puertecilla lateral se cerró suavemente. Chascó la cerradura. Una figura se alejó, sin prisas, por el pasaje. Hubiera sido difícil, a cierta distancia, saber si se trataba de un hombre o de una mujer.

El largo impermeable oscuro, brillante, llegaba hasta las botas de goma que calzaba el personaje. Botas amplias, que podían encubrir cualquier talla de pies. Sobre la cabeza, un amplio y negro gorro impermeable para lluvia, era todo lo visible sobre el cuello

subido de la larga prenda que envolvía el cuerpo.

Unas manos enguantadas, un vehículo esperando, con el motor en marcha.

Empezaba a llover sobre San Francisco. La calle mostraba ya un atardecer sombrío, bajo el cielo nuboso y gris, su asfalto mojado, brillante de lluvia. El aire era húmedo y frío, procedente de la bahía.

Nadie, absolutamente nadie, advirtió anormalidad alguna en torno a la ya cerrada tienda de animales disecados.

Nadie se enteró de que una vida había sido brutal e inútilmente inmolada por un salvaje asesino de ferocidad increíble, dentro del establecimiento repleto de animales embalsamados.

Nadie supo nada aquella lluviosa tarde de un viernes, cuando toda la ciudad iniciaba su fin de semana.

Era un crimen que tardaría en descubrirse.

Justamente hasta el lunes, cuando la tienda cerrada despertase la intrigada curiosidad de sus vecinos, y éstos trataran de localizar a Sally Hoffman, sin conseguirlo.

Después de eso, llamaron a la policía.

Y la policía descubrió el horror.

CAPÍTULO II

El teniente Clark Madison, de la División de Homicidios de San Francisco, sacudió la cabeza, con desaliento.

—Es monstruoso. No hacía falta tanto ensañamiento para terminar con esa pobre chica —comentó, anotando algo en su agenda.

El médico forense afirmó, incorporándose. Su expresión revelaba que, pese a su costumbre de enfrentarse a las más desagradables formas de muerte, estaba impresionado por el espectáculo.

—Muy cierto, teniente —aseguró—. Ya estaba virtualmente muerta cuando recibió los últimos zarpazos. El destrozo ha sido horrible.

—¿Y está seguro de que el arma utilizada ha sido...?

—Ese animal, seguro. Primero la atacó con el águila. Vea su pico ensangrentado, las incisiones en frente y torso. Luego, tomó el felino. Las zarpas acabaron con ella. Fueron utilizados como objetos desgarradores. Y, ciertamente, lo son.

—Un crimen insólito, ¿no, doctor? El asesino no se presentó aquí armado.

—O si lo hizo, optó por otra clase de armas más retorcidas. Tal vez, incluso, sabía que aquí había suficientes recursos para matar, sin necesidad de utilizar él sus propios elementos, teniente.

—Sí, sospecho que eso fue lo que sucedió. A menos que el criminal fuese un ladrón, sorprendido en pleno robo por ella. Pero no me parece probable la explicación, sinceramente.

—Bien, teniente. Eso es cosa suya —suspiró el forense—. Yo terminé aquí, de momento. Luego me ocuparé de la autopsia. Esta desdichada lleva muerta, sin duda, desde el viernes por la tarde. El estado de descomposición, así lo indica. Diablo, esta tienda apesta, entre ello y los olores a bálsamos, pieles de animales y todo eso. ¿Tiene que quedarse mucho tiempo aquí, metido, teniente? Porque

si es así, hará bien en aplicarse alguna mascarilla desinfectante sobre boca y nariz.

—Sí, creo que tendré que hacerlo —asintió el policía—. Debo revisar todo esto, tratar de saber si hay algún indicio que revele las posibles causas de ese crimen. Y, desde luego, la identidad del criminal.

—¿Cree que habrá realmente algo útil entre todo esto? —se permitió dudar el médico, contemplando con desagrado a los animales inertes.

—Pues... no —confesó el teniente Madison—. La verdad es que no espero gran cosa, doctor. Pero uno debe cumplir siempre con la rutina, le guste o no...

Se ausentó el forense. El teniente de Homicidios se quedó en la tienda, con los dos funcionarios que se ocupaban de buscar huellas y toda clase de posibles rastros. Uno de los expertos aventuró, revisando el pavimento:

—La muerte debió ocurrir antes de que comenzase a llover, teniente. No hay indicios de pisadas húmedas, ni de barrillo alguno en el suelo. Y recuerdo que el viernes empezó la llovizna sobre las seis menos cuarto de la tarde, para hacerse torrencial toda la noche.

—Las seis menos cuarto... —Madison contempló la puerta cerrada—. De modo que debemos suponer que la joven cerró la tienda, con alguien dentro todavía... o que abrió posteriormente a alguien, quizá un cliente.

O quien ella pensó que era un cliente.

—Eso es lo probable. No hay huellas de fractura ni de haber sido forzada entrada alguna. Ella debió franquear la entrada a su asesino, a menos que éste estuviera ya dentro, teniente.

—Muy bien. Sigán buscando, por favor —se detuvo delante del cuerpo, tapado de nuevo con una prenda de lana, a la espera de la llegada de la ambulancia para llevárselo al depósito. Ya había trazado alrededor del cadáver el contorno de tiza, para cuando eso ocurriera. Como dijera el médico, el hedor dentro de la tienda era muy fuerte. El proceso de descomposición de la desdichada Sally Hoffman, estaba muy avanzado ya, después de casi setenta horas de permanecer allí.

Los ojos del policía se fijaron en los cisnes sobre vidrio azul. Cisnes blancos, impolutos. Cisnes ensangrentados. Animales

esbeltos, arrogantes, hermosos...

Clavó su mirada luego en el bulto casi informe que era el cuerpo de la muchacha. Una mujer esbelta, arrogante, hermosa... Como los cisnes.

Sacudió la cabeza, emitiendo un suspiro de disgusto. Era éste uno de esos casos que no le terminaban de gustar. Demasiado ensañamiento en el criminal. Demasiada furia homicida. Como si fuese obra de un maníaco, de un loco.

No había violación, de eso estaba seguro el doctor. Pero no importaba. Había dementes asesinos que sólo encontraban placer en matar, sin obcecaciones sexuales por medio, aunque quizá todo ello, como dijera Freud muchos años atrás, tuviese un origen o una motivación puramente sexual.

Últimamente, el teniente habíase ocupado de casos concretos, habituales por desgracia en los tiempos actuales: francotiradores homicidas, parapetados en los tejados, drogadictos impulsados al crimen, traficantes de narcóticos, delincuencia juvenil, crímenes raciales, con cualquier color en el criminal o en la víctima...

Esto era diferente. Esto le llevaba a recordar viejos casos olvidados, en los que el crimen llegaba en función de alguna tara patológica en su autor. Como el estrangulador de Boston, o cosa parecida.

No. Al teniente Clark Madison no le gustaba en absoluto aquel caso, iniciado en una tienda de taxidermia, con una hermosa y arrogante muchacha asesinada brutalmente junto a hermosos y arrogantes cisnes disecados, manchados de sangre...

E, inquieto, se preguntó si todo empezaba y terminaba allí, o tal vez... no.

—Terminada la primera fase —suspiró Richard Garfield, apartándose de la figura. Y desprendió de sus manos trozos de arcilla adherida—. Puede moverse ya, jovencita.

Ella suspiró con alivio. Dejó su posición en el estrado, y movió las bien formadas piernas, incorporándose luego. De su cuerpo estuvo a punto de caer la suave tela que envolvía su torso y caderas en parte, pero logró rescatarlo muy a tiempo, sin quedarse ante el artista tal como Eva caminaba por el Paraíso.

—Uf, ha sido una larga sesión hoy —comentó ella.

—Quería dejarlo terminado en primera parte, para iniciar luego

el acabado definitivo de la figura —comentó Garfield, lavándose las manos en el lavabo del estudio. Contempló la figura y afirmó, complacido—. Sí, todo está quedando muy bien.

—Me gusta —convino la modelo, acercándose a la escultura—. Tiene... vida.

—Vida... —afirmó lentamente el escultor—. Sí, creo que ésa es la mejor definición de la obra. He tratado de hacer en ella algo más que una simple figura de mujer oriental, Jade. He querido hacer una forma llena de vitalidad. Como si moldease carne en vez de arcilla... Y si lo he logrado, me sentiré muy feliz.

Jade Wong trató de cubrir algo más su desnudo seno color suavemente oliváceo, de muchacha oriental, pero ello fue a costa de descubrir una voluptuosa curva de su cadera. Garfield sonrió, contemplando ahora a su modelo, a la forma realmente viva de la hermosa china.

Ella también dibujó en sus bien formados labios una sonrisa. Los almendrados ojos, en el rostro delicado, como de bellísima porcelana, brillaron dulce y maliciosamente a la vez. —He posado para muchos artistas— comentó ella. —Ninguno era como usted, Dick.

Richard Garfield enarcó las cejas, irónico el gesto en su rostro enérgico, jovial y sensitivo. Sus ojos oscuros chispearon.

—¿Eso es un cumplido o una crítica, Jade? —se interesó.

—Es decirle la verdad, Dick —respondió ella suavemente—. Es un hombre comprensivo, amable con sus modelos... y, además, un artista magnífico, lleno de sensibilidad y de corazón. Me siento muy satisfecha de haber venido a posar con usted.

Garfield contempló a su modelo con simpatía. Caminó hasta un mueble, y puso música en el tocadiscos. Luego, abrió una gaveta, preguntando:

—Celebremos debidamente toda esa serie de inmerecidos elogios a mi persona —y con una risita, preguntó—: ¿*Whisky*, *brandy*, oporto...?

—Un oporto será mejor —suspiró ella, complacida. Sonrió, sentándose y encendiendo un cigarrillo. No le importó demasiado, al parecer, que la tela subiera sobre sus muslos, descubriéndolos, bien torneados y de sedosa piel olivácea. Fumó, mirando a Garfield con atención.

—¿De verdad espera que mi figura le proporcione algún éxito artístico?

—Estoy seguro de ello —afirmó Richard, enfático—. Será como una simbólica figura de la mujer oriental, enfrentada a una época en la que ella sea elemento principal y decisivo. La nueva mujer de Asia, que rompió los viejos e inicuos moldes de esclavitud, sometimiento y humillación. El homenaje a la mujer oriental en este país y en todos los demás del mundo. Su figura se alzará sobre una esfera mundial, entre motivos alegóricos. El boceto inicial lo presentó un amigo, funcionario del Gobierno, en las Naciones Unidas. Parece que gustó y lo adquirirán para decorar una de las salas de la Asamblea General. Si eso fuese así, mi triunfo sería completo: artístico y económico, Jade.

—Le deseo todo lo mejor, palabra —sonrió ella—. Siempre he trabajado fríamente, como modelo profesional que soy. Nada me ha ligado efectivamente al artista de turno.

Usted parece otra cosa. Y yo siento de distinta manera hacia usted, Dick.

—Gracias, Jade —aceptó él—. Eso es muy halagador para mí...

Se había aproximado con el oporto. Ella se incorporó a tomar la copa. Se miraron ambos jóvenes. Sus malos se rozaron cuando la copa de vino pasó de una a otra. Hubo como una suave descarga eléctrica común a ambos.

Garfield se inclinó adelante. La copa se quedó en una mesita, entre útiles de escultura.

Se encontraron sus bocas. Se fundieron en un contacto intenso. Los brazos del joven escultor rodearon los hombros de la muchacha oriental. Jade Wong fue hacia él... La tela resbalaba sobre su turgente cuerpo aceitunado.

—Se hizo tarde, Dick...

—Sí —asintió él—. Te acompañaré a tu casa, Jade.

—No, no es necesario, Dick. Puedo ir yo sola sin problemas. Vivo algo lejos de aquí, y sería un problema para ti, teniendo que trabajar como me has dicho, durante casi toda esta noche, en la preparación de las demás piezas de tu grupo escultórico...

—Pero ya es noche cerrada, Jade. Y el barrio donde vives, no está demasiado concurrido a estas horas...

—No importa —sonrió ella—. No va a sucederme nada. Es una

zona tranquila de la ciudad. Dejé de vivir en China Town precisamente por huir del bullicio. Rincón Hill es mucho mejor.

—Pero debes cruzar todo San Francisco desde aquí —le avisó él—. Recuerda que esto es el Barrio Latino, y está al lado opuesto de Rincón Hill.

—No lo olvido —rió suavemente la muchacha de ojos de almendra—. Pero insisto: no vengas conmigo. Tengo abajo mi coche. En menos de veinticinco minutos, estaré en casa. El tráfico no es muy denso en sábado. Casi todo el mundo disfruta de su *week-end* hoy. Me nos tú, yo... y unos pocos más.

Dick Garfield asintió, besando la mejilla y labios de la muchacha. Ella terminó de abotonarse la blusa sobre su torso bien silueteado. La falda breve, abierta lateralmente hasta el muslo, marcaba la línea esbelta de sus piernas.

—Como quieras —aceptó Garfield de buen grado. Oprimió una mano de ella—. ¿Te veré el lunes?

—Posiblemente pase mañana, domingo, por la tarde, si piensas quedarte en el estudio —declaró ella espontáneamente, mirando al exterior, donde los vidrios del gran tragaluz de aquel ático destinado al artista, revelaban los lentos goterones de agua de lluvia, descendiendo por la vidriera—. Si es un domingo lluvioso, creo que será mejor pasarlo juntos, ayudándote a estudiar tu grupo escultórico, que quedarse sola en casa, viendo la televisión o escuchando música en el magnetófono.

—Eso está bien. Recuerda que es día festivo. Te pagaré doble tu sesión —rió Garfield.

—No seas tonto —ella besó su nariz y apretó con fuerza sus manos—. No te cobraré un solo centavo por trabajar a tu lado este domingo. Me bastará con que tengas preparado algo para comer y beber mientras trabajamos. A ser posible, mariscos y vino [1].

—Trato hecho —aceptó Garfield—. Por la mañana me acercaré a Fisherman's

Warf, antes de acostarme tras el trabajo de esta noche. Compraré crustáceos y mariscos frescos. Y un buen vino seco, No faltes, Jade.

—Sabes que estaré aquí sin falta —suspiró ella. Le miró, tiernamente—. Me gustas, Dick. Me atraes... y no puedo evitarlo. Es una hermosa sensación sentirse junto a ti.

—Sensación que compartimos. —Dick la miró con fijeza—.

Créeme, Jade. Han pasado muchos modelos hermosos por aquí. De mi raza, de la tuya, mulatas o negras... Con ninguna existió nada. Solamente el trato profesional, frío y concreto. Palabra, Jade. Esto... esto ha sido diferente. Muy diferente...

—Lo sé, Dick. Te he observado todo el tiempo que trabajo contigo. Sé cómo eres. Y sé que esto ha sucedido porque... tenía que suceder. Te quiero, Dick. Creo que me he enamorado de ti, realmente...

—Jade...

Se fundieron sus labios en otro beso suave, largo, que se prolongó como despedida, ya en la salida del estudio.

Luego, Jade empezó a bajar las estrechas escaleras del viejo edificio del Latin Quarter. Su taconeo suave, se alejó. Su falda abierta reveló la belleza de su largo muslo, en el movimiento armonioso de su figura, descendiendo los escalones.

Dick Garfield la despidió en la puerta. Luego, cerró.

Ignoraba que era la última vez que vería viva a Jade Wong.

Jade había dejado aparcado su automóvil a sólo dos manzanas del edificio donde Garfield tenía el estudio. Era un vehículo pequeño, utilitario, no uno de esos grandes coches de manufactura nacional. Su marca, japonesa, no significaba especial predilección de Jade por los productos manufacturados por su raza, sino simplemente un deseo de tener un vehículo pequeño y manejable, muy útil en el denso tránsito actual de las grandes urbes.

Condujo a través de San Francisco, con relativa facilidad. Los sábados por la noche, ciertamente, el tráfico era mucho más reducido en cualquier centro urbano. El *week-end* era la causa principal de ello.

Cruzó Market Street, insólitamente despejada de vehículos, con los destellos luminosos de sus anuncios gigantescos en los muros de los altos edificios, y se adentró por la Tercera Avenida hacia Rincón Hill.

Naturalmente, un sitio tranquilo como aquél, lo era aún mucho más en tal día de la semana. Apenas unos vehículos aparcados, silencio y quietud frente a las zonas ajardinadas y los edificios sin luces, casi todos ellos *cottages* y chalets que se encaramaban en las empinadas cuestas de la ciudad construida sobre colinas.

Redujo la marcha del vehículo, aproximándose a un aparcamiento no muy alejado de su «*bungalow*». En esta ocasión, ni siquiera existían problemas de espacio. Sobraban huecos para muchos automóviles. La mayoría se hallarían a estas horas fuera de la ciudad, en Oakland o en otros lugares más alejados, disfrutando del descanso del fin de semana.

El único sonido que llegó a oídos de la joven oriental, cuando detuvo el motor del coche, fue la sirena de un remolcador, y la llamada del *ferry* que partía del embarcadero, hacia Oakland, no muy lejos de aquellas rampas empinadas de Rincón Hill.

Suspiró, girando la llave de ignición. La breve falda subía sobre sus muslos bien formados, revelando la armonía atractiva de su figura. Pero no había nadie en el interior del coche que pudiera admirar aquellas formas.

O, cuando menos, eso pensaba ella.

Repentinamente, cambió de pensamiento. Fue al clavar los ojos, al azar, en el retrovisor del coche.

Lanzó un grito de sorpresa y de alarma.

—¿Qué significa...? —comenzó, llevando rápidamente su mano al portagantes del *tablier*, y girando su rostro hacia la cara alucinante que había descubierto a espaldas suyas, emergiendo, fantasmal, del compartimiento de atrás de su coche.

Cayó la tapa del *tablier* hacia abajo, y los dedos aceitunados de Jade Wong casi rozaron la fría culata de acero, con cachas de nácar, de la pequeña pistola de lujo, calibre veintidós. Era casi un juguete, pero a corta distancia, y para una mujer que, por su trabajo, debía deambular a veces durante las horas de la noche por la urbe, era algo muy conveniente y eficaz.

El ser oculto en el automóvil no la dejó alcanzar el arma. Aquel personaje cuyo rostro apareció, como una pesadilla diabólica, tras Jade Wong, envueltas las facciones en una media de nylon que deformaba horriblemente los rasgos, dándole la apariencia de un auténtico monstruo, actuó rápido y preciso. Como si de antemano supiera todo lo que había de hacer, y todo lo que ella iba a hacer previamente para evitarlo.

Las manos del desconocido, emergieron sobre el respaldo del asiento delantero. Iban enguantadas. Pero sujetaban algo que brilló siniestramente a la luz exterior de la calle en pendiente, y también

al reflejo tenue de la leve luz del *tablier*.

Jade Wong gritó, al sentir que un brazo de su adversario la aferraba el cuello, tirando de ella hacia atrás, casi ahogándola, e impidiendo así que su brazo extendido llegase a la pistola.

Luego, el objeto metálico cayó sobre su rostro.

Jade Wong emitió un alarido de horror, que ahogó la sangre. Se debatió, con sacudidas espasmódicas, presa en la llave del agresor. Sus piernas desnudas patearon en vano, perdiendo uno de los zapatos de alto tacón.

El objeto metálico abatido sobre su bella cara de porcelana oriental... era el anzuelo de tres garfios utilizado por algunos pescadores para pescar cerca de la costa.

Tres púas afiladas, desgarradoras, que cayeron con fuerza sobre su boca y mejillas, incrustándose en ellas. Cuando el atacante tiró hacia sí del arma sorprendente y terrible, jirones de epidermis fueron rasgados por las púas. La sangre nublaba el rostro de la bella modelo china.

Despiadado, feroz, con un ronco jadeo entre dientes, que escapaba bajo la malla de nylon el monstruo descargó toro golpe de garfios sobre los cabellos de la muchacha, sobre su cuello, sus senos, sus hombros y brazos...

Fue un golpear sistemático, cruel y terrible. Fue una lucha feroz contra un cuerpo femenino que se debatía estérilmente de aquel acoso diabólico. La sangre salpicó brutalmente el parabrisas, el volante, el *tablier*, el tapizado del asiento...

Al final, Jade Wong se quedó casi quieta. Agitándose en espasmos agónicos, sin poder ya siquiera gritar o quejarse con sus labios informes, hendidos.

El asesino soltó el arma. Abrió la portezuela. Contempló un momento la figura postrada, extrañamente crispada, como atormentada en sus últimos y trágicos momentos. Ni un gesto de piedad enmascaró aquel nylon adherido al rostro. Solamente un destello maligno en los ojos brillantes, fijos en ella.

Después, un impermeable oscuro, brillante, como si estuviera mojado de una lluvia que ahora había dejado de caer, pero que charolaba el negro asfalto en la calle empinada de Rincon Hill, descendió sobre las piernas del asesino.

Éste se alejó en la noche. Dentro del automóvil, se quedó el

cuerpo sangrante, que un día fuera hermoso. Solamente unos minutos antes, palpitaba de vida, de pasión, de deseos de vivir. Solamente unos minutos antes, era el cuerpo de una hermosa criatura, adorable y deliciosamente exótica.

Ahora, era un cadáver bañado en rojo violento. Un cuerpo sin vida. Sin hermosura casi.

CAPÍTULO III

Fue un mal despertar.

Lo fue en muchos sentidos. Siempre se despierta mal cuando se ha bebido demasiado. Sea *whisky*, *brandy*, champaña o vino. El había bebido ambas cosas: champaña y vino. Todo el que preparó aquel domingo para Jade Wong y para él.

No probó apenas los emparedados. Llovía torrencialmente durante todo el domingo, Jade no llegó, y Dick Garfield empezó a beber para distraer la espera. Luego, irritado por la ausencia de su modelo, bebió más de la cuenta.

Se había hecho a la idea de un agradable domingo de amor, vino... y rosas. O cosa parecida. No hubo más que vino. Se embriagó, o poco menos.

Y éste era el despertar.

Además, el timbre de la puerta seguía sonando. Con una insistencia molesta, desagradable, casi irritante. Estaba seguro de que, cuando abrió los ojos y vio dar vueltas a todo el estudio, el maldito timbre llevaba sonando una docena de veces. Quizá fuera algo menos, pero no mucho menos.

Tuvo que cerrar los ojos, con un gemido. El bailoteo de objetos le provocó náuseas. Quiso vomitar, y no pudo. El timbre insistió, retumbando de modo doloroso en el fondo de su cerebro, despertando ecos vacíos en su cráneo.

Se incorporó, apoyándose en la litera de su estudio-vivienda. Dominó como pudo los mareos y sintió que su lengua, en la boca, era una especie de esparto acre y abultado. Tragó saliva, pero no estuvo seguro de que quedase más en su boca. Se sintió como un perdido en el desierto, que no ve el agua durante semanas enteras.

El timbre, siempre el timbre...

Y luego, una voz seca, brusca, filtrándose a través de la puerta, que repentinamente era aporreada sin muchas contemplaciones:

—¡Abra a la policía! ¡Abra en nombre de la ley!

La policía... La ley. Dick Garfield sacudió la cabeza, y los mareos volvieron. Debía de formar parte de una pesadilla. El nunca tuvo nada que ver con la policía o con la ley. Absolutamente nada.

Pero el timbre insistía. Los porrazos en la madera, también. Aquella gente, si estaba en un error, era tremendamente obstinada. Abrió los ojos, tanteando el muro para no caer, con su mano apoyada firmemente en él. Avanzó hacia la puerta, mascullando entre dientes, con una voz que no le pareció la propia:

—Ya va, ya va... Abriré enseguida, maldita sea...

Llegó ante la hoja de madera. Se tocó las sienes cuando unos golpeteos en ella retumbaron dolorosamente: en su cabeza. Dominando como pudo su sensación de náuseas, alargó la mano y giró el pomo y la llave a la vez.

Entraron todos en tropel, como si allí sucediera algo. Borrosamente, Garfield, al contemplarles con gesto estúpido, identificó a dos hombres vestidos de paisano, y tres uniformados con el inconfundible azul de los agentes de policía de la ciudad de San Francisco.

Le miraron como si fuese un criminal acosado. El pestañeó, tratando de actuar con cierta normalidad. Su voz siguió sonándole desconocida, pero al menos se expresó serenamente:

—¿Qué diablos significa todo esto, señores? Se parece a un perfecto allanamiento de morada, sin causa que lo justifique.

—¿Usted cree que no existe causa alguna que lo justifique, señor Garfield? —Fue la réplica del hombre alto, fornido, de gabardina oscura, que parecía dirigir al grupo.

—Parece que conoce muy bien mi nombre... —Dick se encogió de hombros—. Claro que figura abajo, en los buzones, pero... de todas maneras, caballero, ignoro a qué se debe esa insistencia en que les abra... y todo ese despliegue policial en mi propia casa...

—¿Su casa, señor Garfield? Creí que esto era solamente su estudio de escultor...

—A la vez, es mi domicilio. Vivo aquí. Duermo aquí. ¿Algo que objetar? —Se envalentonó Richard Garfield, con disgusto, dando hacia ellos unos pasos inseguros.

—No, señor —rechazó el recién llegado. Miró, pensativo, al escultor. Luego, a la mesa del fondo, junto a una figura cubierta con

un paño blanco, amplio. Sus ojos centellearon—. Parece que celebró una fiesta, un guateque, señor Garfield... sólo con otra persona.

—¿Otra persona? —Richard giró la cabeza. Estudió las botellas, las dos copas, los canapés sobranes. Hizo un gesto negativo—. Ni siquiera eso. Sólo yo. Yo bebí en soledad.

Sin nadie. ¿Eso es un delito acaso?

—No, no lo es. ¿Cuándo fue eso? ¿Ayer, domingo?

—¿Ayer? —Pestañeó Garfield. Sus ojos se fijaron en el oscuro cielo, tras el tragaluz de su estudio—. Supongo que será todavía «hoy»... Es domingo por la noche, ¿no?

—Es ya lunes —suspiró el visitante, consultando su reloj de pulsera—. Las dos y veinte minutos de la madrugada, para ser exactos...

—¡Dos y veinte! —tartajeó Garfield. Se quedó mirándole con asombro—. ¿Y vienen ustedes a despertarme a esas horas? ¿Qué mil diablos sucede, malditos sean: todos? Mi cabeza me da vueltas, y voy a vomitar de un momento a otro. Bebí demasiado vino. Pero eso no les importa a ustedes.

—Claro que no. Nos importa la persona que le acompañó en esa fiesta.

—¿Otra vez eso? —Se enfureció el escultor—. ¡Les repito que estuve solo!

—¿El domingo? —El visitante sonrió—. Es posible. Pero ¿y si la fiesta fue el sábado por la madrugada, señor Garfield?

—No fue el sábado. Pero aunque hubiera sido así, ¿qué le importa a usted, señor...?

—Madison. Teniente Clark Madison, de la División de Homicidios de San Francisco de California —explicó suavemente su visita. Le mostró la credencial—. Tenga cuidado con lo que dice, si no se siente demasiado dueño de sí mismo y de sus ideas. Todo podría ser luego utilizado en contra suya, estoy obligado a advertírselo.

—¿En... contra *mía*? —Garfield casi se serenó del todo. Al avanzar hacia Madison, su paso era mucho más firme—. No le entiendo, teniente. ¿Qué está tratando de decirme?

—Simplemente esto: podría ser usted acusado de asesinato. Tenga cuidado con sus palabras, por tanto.

—¿Asesinato? —repitió el escultor, riendo—. ¿Se ha vuelto

usted loco?

—No —negó Madison. Avanzó hacia la mesa servida, con paso firme, mientras continuaba hablando—: Hay alguien que sí parece haberse vuelto loco. Y ando buscándolo. Podría ser usted, señor Garfield. Dicen que los artistas son hipersensibles, y dados a reacciones extremas, en ciertos casos.

Se había detenido ante la figura tapada. Súbitamente, la descubrió tirando con brusquedad del paño blanco. Una efigie personalísima, sorprendente, pero fiel, de Jade Wong, apareció en arcilla, bajo el trapo. A su alrededor, motivos orientales y occidentales, en grupo escultórico, aún inconcluso.

—¿Qué hace? —Se irritó Richard, avanzando hacia el oficial de policía—. ¿Quién le dio derecho a semejante cosa? Es mi obra, y nadie puede tocarla. Está sin terminar...

—Perfecta —ponderó Madison, contemplando la figura, ajeno a sus protestas—. Es una bella obra, señor Garfield. ¿Y su modelo?

—Eso no le importa a usted, teniente.

—Me importa, si es Jade Wong.

Hubo un silencio. Aun dentro de su actual aturdimiento, Richard Garfield captó algo extraño en la mención de aquel nombre. Miró muy fijo al oficial de Homicidios. Repitió, despacio:

—Jade Wong... Sí, es ella. Es mi modelo, teniente. ¿Cómo lo supo? ¿La conoce a ella tal vez?

—Señor Garfield, eso estoy tratando de decirle, desde un principio —se volvió gravemente el teniente hacia él—. Jade Wong, su modelo, ha sido asesinada en la noche del sábado al domingo, cerca de su domicilio, en Rincón Hill... Usted es nuestro sospechoso principal, por el momento. De ahí mi advertencia de antes. Ahora, por favor, vístase. Y meta la cabeza bajo la ducha, si es preciso. Va a venir conmigo a la Morgue. Tiene que identificar a su modelo, aunque no va a ser un trámite agradable, ni mucho menos...

—Dios mío... Sí, es ella...

—¿Seguro, señor Garfield?

—Seguro... —Richard se volvió. Esta vez no pudo evitarlo. Aunque había puesto su cabeza bajo la ducha antes de acudir con Madison a la Morgue, e incluso tomó un refresco de bromuro para limpiar su cabeza, y su estómago... vomitó.

Vomitó junto al mueble de cajones frigoríficos, donde reposaba

aquel cadáver desnudo, que fuera de piel aceitunada una vez, y ahora ofrecía una palidez cérea, con la etiqueta de identificación colgando de su pie.

Madison hizo un gesto. El policía se volvió hacia Garfield. Un agente uniformado le estaba ayudando, pero el joven escultor, pálido y demudado, le rechazó con un ademán seco, casi violento.

—La ha visto bastante mejorada de aspecto —suspiró el policía—. Los forenses cosieron la mayoría de sus desgarros en el rostro y cuello. Su aspecto, dentro del coche, era horrible. El asesino se ensañó ferozmente con su víctima.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué? —masculló Garfield, estrujando las manos nerviosamente—. ¿Qué daño pudo hacer a nadie esa muchacha? Era una buena chica, se marchó de mi estudio el sábado al anochecer, prometiendo volver el domingo... Y no volvió. Ahora sé por qué...

—Si lo que usted cuenta es cierto, ella debió ser asesinada al volver a casa. ¿Regresó en su automóvil?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted? —indagó agudamente el policía.

—Ella misma lo dijo. Mencionó que había dejado su coche como siempre, frente al estudio. Era un coche pequeño, japonés, creo...

—Así es. Dentro de ese coche la encontró un patrullero, cuando cesó el diluvio torrencial del domingo, y se acercó a revisar el aparcamiento... Hasta el parabrisas aparecía salpicado de sangre. Dentro, era como un matadero, señor Garfield.

—Cielos... —El joven escultor cerró los ojos—. ¿Qué... arma utilizaron?

—Una muy rara. El asesino la dejó en el coche, junto a su víctima. Evidentemente, no le importaba demasiado abandonarla, una vez utilizada. No tenía huellas, claro. Otra cosa, hubiera sido demasiado fácil. Se trataba de un anzuelo especial para pescar en los litorales... Un juego de tres garfios desgarradores, para piezas grandes, como merluzas de gran peso, besugos, lubinas y cosas así... Estaba terriblemente afilado, y era del tamaño mayor que existe a la venta en las tiendas de artículos de pesca. Manejado con fuerza, puede triturarlo todo. Y así lo hicieron.

—Pero... ¿quién pudo hacer eso? ¿Por qué motivo a una chica como Jade?

—No sé. Siempre se ataca a chicas solitarias y bonitas como Jade... Muchas veces, sin motivo definido. Por crueldad, por demencia, por afán de matar. Vivimos una época lamentable, señor Garfield. La violencia gratuita no es ya una excepción, ni mucho menos.

—Pero usted sospecha de mí...

—Resulta obvio. El criminal viajaba en el coche, estamos seguros. Los golpes fueron dados desde atrás, eso está probado por la forma en que se descargaron los impactos con los arpones afilados. Alguien viajaba con ella, y eso indicaba que era conocido.

—O que se introdujo por sorpresa —replicó Garfield, airado—. Yo hubiese viajado a su lado, teniente, no atrás.

—Cierto —le miró, malicioso—. Había mucha confianza entre usted y su modelo, ¿no?

—Bueno... ella era joven y sociable. Yo también —suspiró Garfield—. ¿Hay algo malo en una mutua simpatía entre artista y modelo?

—No, por Dios. Es frecuente, según creo. Lo único malo está en ese crimen abominable... No hay motivo aparente. No se robó nada del coche, no fue ella ultrajada ni sufrió violencia alguna, al margen de la provocada con el arma mortal... ¿Sabe si tenía amigos Jade Wong?

—Supongo que los tendría, pero nunca hablamos de eso. Sólo llevaba una semana conmigo.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? —Pestañeó Garfield, mirándole.

—Del mismo modo que supe adónde acudir, cuando la hallamos. Tenía una agenda. Hablaba en ella del día en que inició su trabajo con usted. Es una especie de breve diario. Añade otras cosas significativas. Ella sentía algo especial por usted. El sábado no anotó. El forense ha dicho que murió entre nueve y doce de la noche del mismo sábado... Su única coartada, señor Garfield, estriba en afirmar que ella abandonó su estudio el sábado por la noche, y usted se quedó aquí. Que bebió demasiado el domingo, y se durmió, ebrio, tras esperar a Jade Wong en vano. Pero ¿puede probar algo de todo eso?

—No —negó Richard, desalentado—. Me temo que no. No hay testigos. Vivo solo. No veo a nadie. La vecindad está ausente en su

mayoría, pasando fuera el fin de semana. Nadie me vio quedarme, ni tal vez vieron salir a Jade. Eso es malo, ¿verdad, teniente?

—Muy malo, sí.

—Bien —extendió sus manos unidas—. Espóseme, si va a arrestarme, teniente.

—No vaya tan de prisa —cortó Madison, mirándole ceñudo—. Solamente es usted mi sospechoso provisional. Le prohíbo que abandone San Francisco, en tanto yo no se lo autorice. Pero de momento, eso será todo. Si es realmente inocente, trate de probarlo.

—¿Cómo?

—No sé. Buscando en su memoria, recordando algo sobre Jade... Tal vez ella le habló de algo o de alguien... —Se encogió de hombros el policía—. No crea que éste es el único crimen que tengo entre manos actualmente. Ya hubo otro, en otro lugar de la ciudad, hace justamente una semana. También una chica atractiva, joven y llena de encantos... Y también una muerte brutal, realmente feroz. Eso sucedió en una tienda de taxidermia.

—¿Hay alguna relación entre ambos casos, teniente?

—No lo he pensado siquiera. No es la primera vez que se enfrenta uno a crímenes similares. Hace poco, tuve tres asesinatos por disparo con rifle de mira telescópica, en barrios vecinos. Pues bien: ninguno de los tres lo cometió la misma persona. Hubo tres asesinos diferentes. Todos anormales, en mayor o menor grado. Después de eso, no me decido a forjar teorías precipitadas. La muerte de Sally Hoffman, es una cosa. La de Jade Wong, otra. Supongo que usted nunca habrá tenido relación con una chica de origen alemán, disecadora de animales...

—No, en absoluto —negó Garfield—. Ni he oído hablar de eso. Los crímenes nunca me preocuparon demasiado... hasta ahora.

—Pues siga preocupándose. Puede volver a su estudio, si lo desea. Ya iré a verle o le llamaré por teléfono. Si es usted quien recuerda algo importante, llámeme a mí —le tendió una tarjeta de visita—. Allí tiene mi teléfono oficial, en Homicidios, y también el particular.

—Dudo que le sirva de nada útil —suspiró el escultor, guardándose la tarjeta—. Jade no hablaba de sus cosas. Era una muchacha discreta, callada... Tampoco creo que ella conociese a esa taxidermista, teniente...

—Es posible que no. Olvide a la taxidermista y piense sólo en Jade Wong. Después de todo, es el crimen del que resulta usted sospechoso. Su modelo no parecía ser como tantas otras, relacionada con muchos hombres y metida en enredos con gente que le hiciera regalos o la diese dinero. De modo que, por el momento, sólo centramos nuestras pesquisas en una persona: usted. Se lo aviso lealmente.

—Se lo agradezco, teniente —sonrió con ironía Garfield—. Lo tendré en cuenta para poner mi mayor interés en recordar algo importante sobre Jade y su vida... Pobre muchacha, en la plenitud de su joven existencia... El ser que hizo eso con ella, merecería mucho más que la pena capital, teniente.

—Desgraciadamente, incluso esa pena está abolida actualmente en el Estado de California —resopló el funcionario de Homicidios—. Como máximo, el día que echemos el guante al criminal, no podrá pagar más que con una condena en prisión por el resto de su vida...

—Eso no será, si yo lo encontrase antes que usted, teniente —avisó Garfield, sibilante.

—Cuidado, amigo —replicó, incisivo, el policía—. No me gustan los detectives aficionados. Lo único que hacen es complicar las cosas, sin ninguna finalidad práctica. Y sepa algo: si usted fuese inocente y tuviera la dudosa suerte de cazar al asesino antes que nosotros... evite causarle daño alguno. Matar a un asesino, significa también ser homicida.

—Pero, como usted dice, sólo podría pagar con mi vida en una celda —rió, agresivo, Richard Garfield—. Y valdría la pena el precio...

Madison le contempló, preocupado. Meneó la cabeza, con gesto de disgusto.

—Está cometiendo un grave error, Garfield —le insistió—. Nadie se puede tomar la justicia por su mano. En nuestro país existen leyes adecuadas. Y somos seres civilizados, recuérdelo...

—¿Por qué no se lo recuerda también al asesino, cuando pueda hablar con él, teniente? —Fue el ácido comentario de Richard Garfield, al abandonar la Morgue, dejando tras sí a un Madison ensombrecido y ceñudo.

Llovía de nuevo.

El tiempo había empeorado notablemente sobre San Francisco.

Soplaba un aire frío y húmedo, y la intensidad de la lluvia parecía crecer.

Sobre la vidriera del estudio, era como llanto interminable, deslizándose lágrimas gruesas en los cristales. Su tamborileo irritaba. Su insistencia, crispaba los nervios. Especialmente, cuando éstos ya estaban de por sí en tensión.

Garfield apuró un *whisky* con soda y hielo. Cerró los ojos. Aún no había terminado con la resaca del día anterior, y ya estaba bebiendo de nuevo. Esta vez era *whisky*. Ni champaña ni vino. No volvería a probar nada de eso, en tanto siguiera con vida y en libertad el monstruo que aniquiló la existencia de Jade Wong.

No estaba seguro de haber llegado a sentir algo duradero por Jade. Solamente fue un romance, un idilio naciente. Luego, ella desapareció de su vida en forma brutal. Quizá no hubieran ido las cosas mucho más lejos.

Pero eso no podía saberlo. En cambio, sí sabía que sintió algo por Jade. Y que ella era una muchacha encantadora. Una gran chica, aparte su belleza física. No, no merecía un final así. No era justo que el culpable siguiera en libertad. No era justo nada de cuánto sucedía...

Se puso nuevamente *whisky* en el vaso. Echó un poco de soda y un cubito de hielo. Iba a tomar un sorbo cuando llamaron a la puerta.

Se envaró. No esperaba a nadie. Quizá fuese de nuevo el teniente Madison. Fue hacia la entrada, mientras repetían la llamada. Abrió, sin preguntar.

No era Madison. No era ningún hombre, sino una mujer joven y morena.

—Hola, Dick —le saludó.

—Lorna... —se sorprendió Garfield—. ¿Tú por aquí? Pasa, pasa...

Lorna Parker, con su indolencia habitual, cruzó la puerta, avanzando por el estudio con andares perezosos. Era alta, muy alta, esbelta, bien parecida, de ojos vivaces, oscuros, y cabello negro. Vestía un sobrio conjunto de pantalón y chaqueta gris oscuro, con zapatos de charol de alto tacón. Se tocaba con una especie de graciosa boina verde oscura, y llevaba al brazo un sobretodo verde, de algodón impermeabilizado. Hundía las manos en los bolsillos de

su chaqueta abotonada.

—Creí que te sorprendería trabajando —comentó ella. Miró su vaso—. Y te encuentro bebiendo...

—Trabajé hasta el sábado. —Garfield señaló la figura envuelta en tela—. Está sin terminar. Posiblemente se quede ya así para siempre, Lorna.

—¿De veras? —Ella avanzó. Extrajo su mano derecha del bolsillo. Con cierta rigidez, arrancó la tela de encima de la figura. La reproducción en arcilla de Jade Wong, apareció ante ellos. En silencio, Lorna contempló la escultura. Comentó—: Muy bien. Está muy bien, Dick. Es una chica oriental. ¿Japonesa?

—China —sonrió Garfield.

—¿Modelo natural?

—Sí.

—¿No piensas terminarla? Sería una gran obra, Dick.

—Sí, lo sería. Las Naciones Unidas la adquirieron previamente.

—¿Entonces...?

—La modelo. Está muerta.

—¡Muerta!... —Lorna meneó la cabeza sombríamente—. Cielos, Dick, mala suerte...

¿No puedes terminarla con cualquier otra muchacha china?

—No, Lorna. Puedo terminarlo incluso sin ella. Pero no quiero.

—¿Qué te ocurre, Dick? —Hubo cierto tono de burla en la voz de ella—. ¿Te enamoraste?

—No lo sé, Lorna —se pasó los dedos entre sus cabellos revueltos. Miró el vaso de *whisky*, dudó, y terminó por apartarlo—. Ha sido horrible. La asesinaron, ¿entiendes? A golpes de garfios de acero...

—¡Cielos, qué horror! —Se estremeció ella—. Garfios de acero... ¿Por qué, Dick?

—No lo sé —la miró fijamente él—. ¿Tú no conociste acaso a esa chica? Era modelo profesional. Posaba para escultores, pintores, fotógrafos... Acaso posó para tus pinceles, Lorna. Se llamaba Jade. Jade Wong, y era...

—Dick, ¿qué pretendes decirme con eso? —susurró Lorna Parker, con extraña entonación—. ¿Es que acaso intentas *acusarme* a mí de ese crimen?

—¿Acusarte? —Pestañeó Dick—. ¿Por qué había de hacerlo

yo...? Cielos...

Se había detenido. Miró repentinamente, las manos de Lorna, enguantadas todavía. Ella, con frialdad, extrajo ambas de sus bolsillos. Con una de ellas, rígida, como inerte, accionó el guante de la otra. Lo extrajo.

Resultó ser un guante relleno. Debajo... en la mano diestra de la joven pintora, apareció una mano ortopédica, un garfio de acero articulado...

CAPÍTULO IV

Garfield rompió el incómodo silencio que siguiera al dramático gesto de ella.

—Lo siento... —suspiró, bajando la mirada—. No recordaba...

—¿No recordabas mi accidente, en el que perdí mi mano derecha y mi izquierda quedó medio inválida? —habló amargamente ella—. ¿No es quizá más cierto que pretendiste ver en... en mi mano ortopédica... un arma mortífera como la que has citado?

—No, no tendría objeto —dijo roncamente Dick—. El arma utilizada fue otra: un anzuelo especial de pesca... No pensé en acusarte de nada, Lorna. Es de mí, precisamente, de quien la policía sospecha. Al parecer, fui la última persona que vio con vida a Jade... excepto el asesino.

—No recuerdo a ninguna Jade Wong que fuese mi modelo. Te soy sincera, Dick. Mucha gente cree que me he vuelto amargada y hosca desde el accidente, que odio a las mujeres hermosas y perfectas, porque yo he dejado de serlo. No debes hacerles caso. Eso... no es cierto, palabra.

—Yo no sospecho realmente de nadie, Lorna —replicó suavemente él—. No tienes que explicarme nada en absoluto. Aunque te confieso que mi deseo sería buscar y encontrar al asesino. Hallarle lo antes posible... y darle su merecido.

—Eres escultor, Dick, no policía —objetó con sequedad Lorna—. Es peligroso mezclar una cosa con otra.

—Nunca me importó el peligro. —Garfield paseó por la estancia, hasta detenerse, con la vidriera del inclinado tragaluz tras él, chorreando agua de lluvia. Los reflejos de las luces callejeras, daban un brillo cristalino a las gruesas gotas deslizantes del aguacero—. He visto el cadáver de Jade Wong en la Morgue. Es algo tan espantoso, que no sería humano si no me obsesionara algo más que

la propia justicia, incluso: la venganza. El afán de devolver golpe por golpe...

—No sabía que fueses tan vengativo, Dick —se puso lentamente el guante relleno, con forma de mano, que cubrió sus garfios ortopédicos, brillantes y fríos—. Es evidente que sí te has llegado a enamorar de esa pobre muchacha... y de veras lo siento. De todos modos, hablaré con colegas y amigos. Es posible que encuentre algo que te sea útil a ti o a la policía..., pero no te aseguro nada.

—Lo supongo. Tampoco espero nada, Lorna...

Se detuvo. Llamaban de nuevo a la puerta. Suspiró, caminando hacia ella. La joven pintora se dejó caer en un sofá, junto a la figura de Jade Wong. Su mano izquierda, dificultosamente, tomó un cigarrillo. Lo encendió. En actos así es cuando se advertía su real invalidez en ambas manos.

Garfield llegó a la puerta. Abrió. Esperaba que fuese Madison esta vez. Nuevamente se sorprendió al ver que su visitante no era el policía. Esta vez se trataba de un hombre a quien conocía bien.

—Buenas tardes, Garfield —saludó el recién llegado gravemente.

—Buenas tardes, señor Everett —respondió el escultor, solícito, echándose a un lado—. Pase, por favor. Ya no le esperaba...

—Cierto. He tardado algunos días más de lo previsto —sonrió con expresión triste el hombre bajo, grueso, de cabellos canosos y rostro saludable, en el que unas profundas sombras en torno a los ojos ponían una nota de dolor y amargura, acentuada en el rictus de las comisuras de sus labios gruesos y sensuales.

Su encargo está a punto, señor Everett... aunque le repito que nunca me gustó trabajar sobre simples fotografías.

—Desgraciadamente, Garfield... no había otra cosa —susurró penosamente su visitante—. Ella no podía posar para usted en persona, puesto que ya está muerta...

—¿Otra muerta? —comentó volublemente Lorna Parker—. Cielos, ¿qué ocurre hoy aquí? Sólo se habla de temas tristes...

—Señorita, es obligado hablar, a veces, de tristezas —replicó Everett—. La persona de la que he hablado... era mi hija Elma.

—Lo siento. —Lorna inclinó la cabeza—. No sabía...

—Su busto está aquí, ya realizado. —Garfield se aproximó a un mueble, abriendo un compartimento del mismo. Extrajo de él un envoltorio en tela marrón. Lo desenvolvió, situándolo sobre la

mesa, junto a su vaso de *whisky*, no probado aún. Indagó—: Espero que le guste, señor Everett...

La figura estaba al descubierto. Era una hermosa faz de mujer, envuelta en bucles dorados, de largo cuello esbelto, como el de un cisne, rasgados y grandes ojos, boca carnosa, recta nariz clásica, busto erguido y juvenil... Una mujer de una belleza estilizada y excepcional.

Everett, inesperadamente, la tomó en sus manos, la contempló... y se echó a llorar de súbito.

Lorna miró a Garfield. Y él a ella. La escena parecía completamente inverosímil. Un hombre de aspecto duro, curtido, sollozando como un niño, abrazado a una figura de bronce, esculpida con una rara sensibilidad...

Se escuchó, en el estudio, el gemido ronco de Everett, mientras cubría de besos a aquel trozo inanimado de bronce:

—Mi pequeña Elma... Hija mía... La más hermosa y desgraciada de todas las criaturas... Muerta... Muerta entre hermosos cisnes blancos...

Garfield eligió un cigarrillo, después de hacerlo Lorna y el propio Everett, el famoso millonario, propietario de una gran empresa de cigarrillos, precisamente. Prendió un lujoso encendedor de mesa, y encendió los tres cigarrillos.

Fumaron todos en silencio. Se miraron entre sí. Afuera, seguía lloviendo. Garfield había puesto tres altos vasos de *whisky* con soda y hielo. El de Everett, con más *whisky* que ninguno. Con menos soda y menos hielo que ninguno.

El silencio era opresivo. Garfield fue a su reproductor de música a *cassettes*. Puso una de éstas e hizo accionar el sistema de reproducción. Era música clásica. Everett dio un respingo.

—No, por Dios... —jadeó—. Eso, no...

Garfield no entendió, en principio. Le gustaba Tchaikowsky. Especialmente, cuando se sentía triste. Y en día de lluvia. Se incorporó, vacilante. Lorna le aclaró el hecho:

—*El lago de los cisnes*, Dick... Parece que no es lo adecuado...

Lo cambió por Strawinsky y su *Consagración de la primavera*. Era una grabación de famosos *ballets*. Everett se justificó:

—Lo siento, Garfield... Los cisnes me traen malos recuerdos...

—¿Por qué?

—Elma... Se ahogó en el estanque de Alameda Terrace. Había cisnes en torno a su cadáver... Blancos cisnes hermosos. Como ella, Garfield...

—Soy yo quien lo siente. No pensé en ello. Esa grabación... Me la dio una amiga. Ella baila clásico. Está en el Russian Hall. Comprendo que relacione una cosa con otra...

—Sucedió hace ya dos semanas, Garfield. Ahora, el estanque está vacío.

Completamente vacío... Ni cisnes hay en él.

—¿Murieron también? —se sorprendió Dick.

—Sí. Murieron también. Pero para pasar a la posteridad.

—No entiendo.

—No podía soportar la vista de esos animales, blancos y hermosos como Elma, por las aguas azules del estanque de Alameda Terrace —jadeó el millonario—. Los hice retirar. Ordené matarlos.

—Dios mío... —Lorna le miró, aplastando su cigarrillo en el cenicero—. Demasiado cruel, ¿no cree? Cruel y estúpido, con todos mis respetos...

—Estoy de acuerdo —aceptó Everett roncamente—. Cruel. Estúpido, incluso. Pero necesario. No podía verlos ni soportarlos. Luego... me arrepentí. Recordé que mi hija los adoraba. Quise recuperarlos de algún modo...

—¿Una vez muertos? —dudó Lorna, enarcando las cejas.

—Sí, una vez muertos. Quise conservarlos, cuando menos. Espero que estén ya listos para su supervivencia, más allá de la propia vida.

—Eso no tiene sentido, señor Everett —señaló Dick Garfield.

—Sí lo tiene. Los hice disecar.

—Ya. —Garfield inclinó la cabeza—. Disecar...

Su cuerpo pareció sufrir una descarga eléctrica. Alzó la cabeza. Clavó los ojos en el millonario. Pero no dijo nada. Palabras del teniente Madison llegaron, aisladas, a su mente:

«Una bella taxidermista... Disecaba animales... También fue brutalmente asesinada, pero no creo que haya relación alguna...»

—¿Tiene esos cisnes disecados, señor Everett? —preguntó Garfield, ante la sorpresa de Lorna y del millonario.

—Pues..., no —negó éste—. Aún no... ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, simple curiosidad, señor... Supongo que los tendrá en alguna parte de su finca...

—Todavía no —rechazó Zachary Everett, el magnate de los cigarrillos—. Debo recogerlos aún. Mi taxidermista los tiene.

—¿Y ella es...? ¿Acaso..., acaso... se llama Sally Hoffman... y es una joven bonita y de origen alemán, señor Everett?

El millonario le miró, estupefacto. También Lorna, que parecía no entender nada, pero cuyos ojos se clavaban, sorprendidos e inquietos en el joven escultor.

—Sí... —masculló el millonario—. Ella es... Pero... ¿cómo lo supo, Garfield?

—Sería largo de contar, señor Everett... Pero si quiere esos cisnes, vaya a la policía. Sólo ellos pueden entregarle sus preciados y aborrecidos animales...

—¿Qué está diciendo, Garfield? —Everett alzó su rostro aturdido hacia él.

—Mataron brutalmente a Sally Hoffman. Igual que a mi modelo, Jade Wong... Puede usted recoger el busto de su hija Elma, ir por sus cisnes... Lo que quizá no podremos es entender qué ha sucedido en todo esto...

—No le comprendo realmente, Garfield. Pero llevo dos semanas fuera de San Francisco, dos semanas de angustia, de dolor, de sufrimiento, de recuerdos penosos... Y he vuelto con nuevas ideas. Quiero este busto de mi querida hija, que usted hizo sobre fotografías que yo le proporcioné; quiero los cisnes disecados, porque fueron predilectos de mi hija y regalo de una amiga suya muy querida... Por cierto, amigo Garfield, de una amiga también bailarina, como la que a usted le regaló esa grabación de *El lago de los cisnes*.

—¿De veras? —se interesó Garfield—. Eso es curioso. ¿Quién es esa amiga?

—Creo..., creo que Sheree Wells, la primera figura del *ballet*.

—Vaya... —suspiró Dick—. Justamente, la primera bailarina del Russian Hall, donde baila mi amiga... Creo que tendré que visitar a esa dama.

—¿Visitarla? ¿Por qué? —Everett se había incorporado, recogiendo su busto, que envolvió cuidadosamente. Luego, tendió a Garfield un talón bancario, por una cifra determinada.

—No sé —susurró Dick, pensativo—. Tal vez por... unos cisnes disecados.

«Hasper Galloway, presenta: *El lago de los cisnes*,
por Sheree Wells e Igor Walensky.

»Todas las noches en el Russian Hall».

Eran los grandes titulares luminosos del teatro. Había colas en las taquillas. Y la función del martes estaba a punto de iniciarse.

Richard Garfield se detuvo ante la fachada, en pie sobre la ancha acera cuajada de luz multicolor. Miró a ambos lados, pensativo. Luego, se adentró por un pasaje lateral de Hyde Street.

La puerta del escenario estaba señalada por una luz azul, colgada sobre la entrada. Garfield empujó la hoja de madera. El conserje le miró, desde una cabina, con expresión de pocos amigos.

—Lo siento —dijo—. No está permitido entrar durante la representación.

—Vengo a ver a Sheree Wells. Soy pariente suyo —mintió con frialdad Garfield.

—Oh, eso es diferente —de dentro, llegaron las notas de la obertura del *Lago de los cisnes*—. Pase, señor. Pero deberá esperar hasta el entreacto. La señorita Wells entra en escena enseguida. Debe estar ahora en el escenario. Y allí, hasta la familia tiene prohibido el acceso. No se permite entrar a nadie, señor.

Garfield asintió, avanzando corredor adelante, hacia los camerinos. Pasó ante la puerta de acceso al escenario, donde figuraba un letrero, en rojo luminoso, donde se prohibía el paso a toda persona ajena a los servicios escénicos.

Subió la escalerilla, pasando ante el camerino de Sheree Wells, la primera bailarina. Un hombrecillo afeminado entraba con un traje blanco, impoluto, grácil, digno del *ballet* a representar. Le miró, desconfiado, cerrando tras sí, al introducirse en el camerino.

Dick pasó al piso superior. Recorrió los diversos camerinos, desde el destinado al conjunto de bailarinas, hasta el de primeras figurantes y segundas bailarinas y bailarines. En uno de éstos, encontró el rótulo que buscaba, sobre papel plateado: «Gladys Stuart».

Probó la puerta. Cedió. Se metió adentro. Se acomodó en una

butaca, mirando hacia el espejo rodeado de bombillas translúcidas. Los maquillajes y cremas se extendían sobre el tocador de la bailarina. En el espejo, enganchadas, fotografías de *ballet*, en la playa, en el escenario durante los ensayos...

En los colgadores, ropa de diversos *ballets*, prendas de calle, balines y mantos. En los muros, programas de diversos espectáculos, reproducciones de portadas de revistas del mundo del baile y del teatro... El eterno ambiente de cualquier camerino teatral, en suma.

Afuera, la orquesta interpretaba a Tchaikowsky. De vez en cuando, salvas de aplausos acogían las etapas diversas de la pieza representada. Garfield llevó el compás con la mano, distraídamente. Fijó una mirada en una ventana angosta, de vidrios escarchados en color verde oscuro. Hacía calor en el camerino. Fue a abrir. Le costó trabajo mover la vidriera. Cuando lo logró, entró un soplo de aire fresco y un ramalazo de fría lluvia.

Encendió un cigarrillo. Se miró en el espejo y asoció ideas confusas, inconexas en su mente desordenada de artista y de bohemio:

«Unos cisnes disecados... Sally Hoffman, hermosa muchacha embalsamadora... Zachary Everett, que perdió a su hija Elma en un estanque, ahogada, entre cisnes... Un busto de bronce... Una pintora abstraída, morena y hermosa... con una mano medio lisiada y otra convertida en un simple garfio de acero, ortopédico... Unos garfios destructores, sangrientos... y una modelo oriental, muerta ferozmente... Una embalsamadora asesinada de forma parecida... Una bailarina que regala unos cisnes...»

Y Hasper Galloway. Un inválido sorprendente, famoso en todo San Francisco.

Hasper Galloway, creador de grandes espectáculos teatrales, productor de cine y televisión... sujeto a una silla de ruedas especial, dotada de medios electrónicos, autónomos, de control y movimiento. Un hombre que amaba solamente el dinero. Que odiaba la perfección desde que hubo de refugiarse en esa silla, tras un *shock* extremadamente grave...

Garfield se acercó a una de las fotografías adheridas al espejo del camerino. Allí estaban los dos: la hermosa Sheree Wells, con su blanco atavío de bailarina, sobre un fondo de cisnes y columnas, en torno a un lago azul... A su lado, Galloway. Con su silla metálica,

rígida, acerada, llena de sorprendentes recursos electrónicos. Ancho, adiposo, amable, sonriente siempre. Aunque odiaba a todo el mundo. Sobre todo, a los físicamente perfectos. A gente como Sheree, por ejemplo, con aquellas piernas bien torneadas, con aquel rostro delicado, con aquella figura digna de una escultura...

En otra fotografía, aparecía Gladys Stuart, la joven bailarina, al lado de Sheree. Evidentemente, Gladys admiraba a su maestra. Tenía muchas fotografías de Sheree Wells, la primera bailarina del Russian Hall.

Nuevos aplausos, música... Garfield bostezó. Encendió un cigarrillo, paseó por el camerino. Entraba demasiado frío y demasiada lluvia por la ventana del patio. Cerró de nuevo, y paseó por el camerino, como un tigre enjaulado. Gladys tenía un receptor de radio sobre el tocador.

Lo conectó. Transmitían un combate de boxeo desde Los Ángeles. Desconectó de nuevo. No le atraía el boxeo.

Tras una nueva serie de aplausos, allá abajo, hubo revuelos en el corredor. Subía gente hacia los camerinos. Percibió las risas de las muchachas jóvenes. Poco después, se abrió la puerta del cuarto.

—¡Dick! ¡Dick Garfield! —exclamó Gladys, con entusiasmo.

Se lanzó a sus brazos. Dick rodeó una breve cintura, sobre la falda corta y repleta de tules y encajes. Los labios de Gladys besaron su mejilla. La alzó en vilo, riendo, como si él mismo fuese el bailarín de turno, en un apoteosis final.

—Bravo, danzarina —aprobó—. Bellas piernas...

—Eres un desvergonzado —se quejó ella, al ser depositada en el suelo.

—No, no —rechazó él, admirando sus muslos, ceñidos por la blanca malla de *ballet*—. Soy un artista. Sé lo que son unas extremidades dignas de figurar en una escultura...

—Cínico... Nunca me pediste que posara para ti —se quejó Gladys, corriendo hacia el espejo de su tocador, y desprendiéndose de su tocado—. Ahora, vuelve la cabeza. Debo cambiar mis ropas. Si algún día me haces una escultura, no quiero que sea un desnudo completo.

Sonriendo, Garfield se volvió hacia la pared. A su espalda, sonaron cremalleras, tules sedas. Se imaginó fácilmente la escena, pero no giró el rostro. Gladys se cambiaba a toda prisa, porque unos

instantes más tarde le invitó a girar la cabeza.

Lo hizo. Ahora, ella parecía realmente un cisne, con su nueva indumentaria, grácil y liviana, abombada, como de plumas suaves. Sobre la cabeza, un tocado de blancas plumas sedosas, completaba la ilusión.

Gladys era bellísima en esos momentos. Nunca la había visto tan seductora y, a la vez, tan espiritual y alada. Trató de retenerla, mientras ella daba toques vertiginosos a su aspecto general.

—Espera, no te vayas aún. He venido a verte. Y a hablarte de una compañera tuya.

—Debí sospecharlo —le miró, con reproche, a través del espejo—. No pretenderás ahora que te sirva de introductora con otra chica...

—No se trata de eso, Gladys —rechazó Dick—. Quiero hablar con Sheree...

—¿Sheree Wells? —se sorprendió ella—. ¡Vaya si apuntas alto, bribón!

—Te repito que no es lo que imaginas... Sheree es la estrella del espectáculo, lo sé. Pero también ha sido amiga de alguien. De una chica llamada Elma Everett. Es eso lo que importa ahora, créeme.

—¿Por qué habría de importarte eso? —Miró hacia una bombilla roja, en el muro, junto a la puerta, que se iluminó en ese momento con un zumbido—. Lo siento, Dick. Tengo un minuto para salir a escena de nuevo.

—Gladys, por favor... —insistió él—. Sheree Wells sabe algo que me interesa mucho. Necesito verla ahora. Hoy, esta misma noche. Es importante para mí.

—Tendrás que esperar. Hasta el fin de la representación, Dick —rió ella, irónica, abriendo la puerta—. Sheree Wells nunca recibe mientras trabaja. A nadie. Ni aunque fueses mi propio hermano... Espero que eso no te haga ausentarte ahora, querido...

Le tiró maliciosamente un beso con la punta de los dedos, y se ausentó, cerrando tras sí. Dick Garfield se quedó solo en el camerino. Reflexionó, ceñudo, sacudiendo la cabeza. Abajo, la orquesta atacaba otro pasaje del *ballet*.

Garfield se detuvo, pensativo, no lejos de la salida. Trató de recordar. Ahora, durante varios minutos, el cuerpo de baile actuaba en escena. Las primeras figuras tardaban en salir unos diez minutos.

Quizá era suficiente. Valía la pena intentarlo.

Salió del camerino. Descendió al piso inferior, el primero sobre el nivel del escenario del Russian Hall. Pasó ante el camerino de Igor Walensky, el primer bailarín. Llegó delante de la estrella dorada con el nombre de Sheree Wells, la gran bailarina norteamericana, famosa ya en muchos lugares de Europa.

Desde la galería, observó el escenario, por encima de las rojas bambalinas. El cuerpo de baile iniciaba la acción en escena. El público guardaba religioso silencio. Entre bastidores, otros bailarines, tramoya y directores coreógrafos, espiaban la representación.

Rápido, Garfield se volvió. Abrió la puerta del camerino y entró en él, sin llamar siquiera. Mientras cerraba la puerta, anunció roncamente, con voz tensa:

—No se alarme, señorita Wells, por favor. Soy un amigo. Me trae algo muy urgente y grave, créame. Yo...

Se volvió en ese momento hacia el interior del camerino, buscando a la famosa bailarina.

No continuó. Ni hacía ninguna falta. Sheree, la estrella del *Lago de los cisnes*, no le escuchaba. Nunca le escucharía ya, por una sencilla razón: los muertos no escuchan a nadie.

Y Sheree Wells estaba muerta. Muerta del modo más horripilante que Dick Garfield pudo jamás imaginar...

CAPÍTULO V

El asesino de Sheree Wells había revelado tanta crueldad como pudo tener el de Jade Wong. O el de Sally Hoffman.

Con ambos crímenes asoció enseguida la mente de Garfield, al ver el cadáver de la bailarina, colgado de las mismas perchas de donde pendían sus vestidos de trabajo, como un traje más. Sólo que esta vez se trataba de un ser humano, particularmente torturado en su bestial ejecución.

El espejo del camerino aparecía estriado, roto, astillado como al impacto de algo contundente. Y era uno de los afilados, largos y punzantes trozos de ese espejo, el que había manipulado el asesino, hendiendo el rostro de Sheree hasta deformarlo con tajos cruzados, y bajando luego a su cuello, senos y brazos, a sus piernas, a todo su cuerpo, desgarrando sedas, tules y gasas, llegando a la epidermis, penetrando en ella ferozmente, y dejando caer sobre el blanco impoluto del atavío para el *ballet* de Tchaikowsky, raudales escarlata, que corrían en reguero sobre sus muslos, hendidos a tajos de vidrio afiladísimo.

Finalmente, en un rasgo macabro y cruel, el asesino había clavado la larga astilla del espejo destrozado, justamente en el pecho arrogante y enhiesto de la bailarina, tiñendo así de rojo su exuberante busto.

Era como un cisne del *ballet*, pensó mecánicamente Garfield. Un cisne trágicamente enrojecido, colgado luego por el cuello de uno de los salientes del colgador de prendas teatrales. Como una pieza sacrificada en el matadero.

—Pobre muchacha... —jadeó Dick, avanzando hacia ella, descolgándola decidido, para intentar atenderla, y arrancando de sus senos la enhiesta forma espejeante, teñida en rojo, el fragmento de vidrio azogado que sirviera de arma singularmente destructora, en manos de un auténtico monstruo.

Apenas la hubo depositado en el suelo y despojado de la astilla de espejo, la puerta del camerino se abrió. Asomó un hombrecillo de nariz larga y casi cómica, avisando:

—Sheree, querida, es tu momento... —boqueó, aturdido, al ver a Garfield y descubrir el intenso salpicado rojo de sus ropas de bailarina. Luego, acaso al ver la faz desfigurada de la danzarina, emitió un grito agudo, desgarrador—: ¡Socorro, asesinos! ¡Socorro! ¡Han matado a Sheree! ¡La han matado! ¡Al asesino, al asesino...!

Y sus alaridos llenaron todo el teatro, incluso interrumpieron el baile allá, en el escenario, al tiempo que su mano señalaba, acusadora, hacia Richard Garfield.

—De modo que niega haberlo hecho usted, Garfield...

—¡Infiernos, teniente! ¡Claro que lo niego! ¡Y de modo rotundo! ¡Yo no soy un asesino!

—Pues empieza a parecerlo, muchacho —sentenció Clark Madison, sombrío, sacudiendo la cabeza con aire perplejo—. Primero, su modelo es asesinada cuando sale de su estudio... Luego, se lanza a visitar un teatro local, entra en un camerino... y le sorprenden con el arma homicida en las manos y la ensangrentada víctima a sus pies..., apenas un minuto después de ser asesinada. ¿A eso qué le llamaría usted?

—Coincidencia... o una gran imprudencia por mi parte, teniente. Admito que no debí tocar el cadáver, ni descolgarlo, ni desprender de su pecho la astilla del espejo, pero...; pensé que aún era posible ayudar a Sheree Wells. Estaba sangrando, brotaba sangre palpitante de sus venas... Clínicamente no estaba muerta, usted mismo tuvo que admitir eso...

—Pero, por desgracia, antes de ser subida a la camilla que la conduciría en la ambulancia de urgencia, lo estaba ya, Garfield. Y no recuperó el conocimiento en ningún momento, entre otras cosas porque eso era prácticamente imposible, con la yugular seccionada por ese maldito trozo de espejo... Aparte que había cuatro o cinco lesiones virtualmente mortales de necesidad en su cuerpo. Lo que cuenta es que usted estaba allí cuando ella murió. Y Lester Merrill, ayudante de la Wells, es su principal testigo de cargo.

—¿Merrill? ¿Ese tipo afeminado que me sorprendió allí? —rechazó Garfield—. Está loco. No puede decir que yo la atacase. Entré y estaba muerta, eso es todo.

—Mire, Garfield. El tal Merrill no dice que usted la atacase, sino que la dejó llena de vida, volvió y la encontró muerta, en sólo cinco minutos de ausencia, con usted allí dentro. La Wells no recibía a nadie durante la representación. Y usted, ¿qué diablos hacía esta noche en el teatro y, precisamente, dentro de ese camerino?

—Fui a visitar a mi amiga Gladys Stuart, una bailarina, ella lo puede confirmar.

—Oh, claro. Ella confirmó ya eso. Débil coartada la suya. También yo, si fuese a matar a alguien, fingiría visitar a otra persona. Pero usted insistió en querer ver a la Wells, y lo logró... Sólo que ahora, ella está muerta. Es ya la segunda víctima que se relaciona con usted, Garfield. Y eso, en un período de apenas cuarenta y ocho horas.

—Se equivoca, teniente —replicó Dick—. Son *tres* víctimas relacionadas conmigo.

—¿*Tres*? —Clark Madison enarcó las cejas. Se acercó a Garfield, ceñudo, en el escenario desierto, vacío, sin bambalinas, allá encima de ellos. A su alrededor, todo era penumbra y quietud en el teatro. Insistió el teniente de Homicidios—: ¿A qué se refiere con eso, Garfield?

—A unos asesinatos relacionados entre sí extrañamente —suspiró Dick, paseando por el borde curvo de la escena, pegado a las apagadas candilejas. Señaló luego al fondo—. ¿Qué le dice ese decorado, teniente?

Se volvió bruscamente Madison. Se quedó mirando el foro, pintado de azul desvaído, donde un trianón se alzaba al borde de un bello lago salpicado de blancos cisnes. Tuvo un leve estremecimiento el policía.

—¿Eso? —Inclinó la cabeza—. Cisnes... Es sólo un decorado, ¿no?

—Claro. Es un decorado para el *ballet*. Sheree Wells bailaba ante él, vestida de blanco, como un cisne imaginado por Tchaikowsky... Sheree amaba la danza. Y, sobre todo, este *ballet* que le dio la fama. Regaló unos cisnes a un millonario, a Zachary Everett, para su hija Elma. Elma murió ahogada en el estanque, en Alameda. El millonario hizo sacrificar los cisnes, lleno de odio hacía todo lo que recordase la muerte de su hija. Luego, arrepentido... los hizo embalsamar.

—Cielos, no...

—No se acordó de recogerlos. Estaba ausente, además. Ignoraba, al parecer, el trágico fin de la taxidermista que se ocupó de tal tarea... El millonario me había hecho entrega de unas fotografías de su hija, a poco de fallecer ella. Era todo lo que poseía para conseguir un busto escultórico de Elma. Yo, a veces, hago encargos así. No me gustan, pero... necesito dinero. Y el verdadero arte no le da a uno de comer siempre. Cumplí su encargo. El posee ya su busto de bronce, con el rostro de Elma. Pero no los cisnes de Alameda Terrace.

Siguió una pausa larga. Profundamente silenciosa. El teniente Madison no sabía qué decir en apariencia. Llegó hasta el foro de cisnes, pintados sobre la tela del decorado. Los tocó, como si las esbeltas figuras blancas tuvieran la clave de algo.

Garfield le oyó murmurar entre dientes, como abstraído:

—Cisnes ensangrentados... Sally Hoffman... Sheree Wells...

—Y Jade Wong —le recordó fríamente Dick.

—Jade... —Se estremeció, volviéndose a él. Se le acercó, ceñudo —. ¿Por qué Jade? Ella no tiene nada que ver con esto...

—Era mi modelo. Yo modelé a Elma Everett. Su padre me lo encargó. También él encargó unos cisnes embalsamados a Sally Hoffman. Cisnes que eran regalo de Sheree...

—Eso parece que no tiene sentido. Es una relación un tanto fantasmal...

—Es justamente lo que yo pensé, teniente. Fantasmal. Es la palabra. ¿Por qué se relaciona todo ello entre sí? Existe algo. Algo más que unos simples cisnes, un *ballet*, una estatua de un busto en bronce o unos animales disecados... Yo quería saber cómo era Elma Everett, cómo es su padre... Sheree Wells podía hablarme de ello. Vine a verla. Y la encontré muerta...

—¿Por qué no me avisó antes a mí? —Se enfureció Madison—. Es mi trabajo, Garfield.

—Lo sé. Pero no estaba seguro de nada. No podía saber siquiera si usted me haría caso. Sólo fue una corazonada, cuando estaba reunido con el propio Everett y con Lorna.

—¿Quién es Lorna?

—Lorna Parker. Una pintora notable. Pudo ser genial. Perdió su mano diestra en un accidente desgraciado. Y le quedó medio

inválida la mano izquierda. Sigue pintando, entre ésta y la mano ortopédica de acero que suplió a la que perdiera. Pero ya no es lo mismo. Pinta comercialmente. Vende bien, y vive de ello. Pienso, sin embargo, que se siente defraudada, fracasada.

—Una mano ortopédica de acero... Es una clase de arma que no necesitaría otras para causar daño a cualquiera, ¿no cree, Garfield?

—Pienso igual. Además, ella no tiene relación con todo eso. No ha dicho que conociera a Sally Hoffman. No vio nunca, según parece, a Jade Wong. Y no sabía nada de Sheree Wells, según creo, hasta que Everett la mencionó, a requerimiento mío.

—Ya —inquisitivo, Madison clavó sus ojos en el joven escultor—. Imagino que usted no diría nada sobre su proyecto de visitar a la danzarina...

—Desgraciadamente, lo hice —suspiró Richard—. No podía imaginar, entonces, que algo así podía sucederme a mí...

—Pues le ha sucedido. Y ahora sí que puedo detenerle, por sospecha de asesinato.

—Oh, claro. Y ese afeminado de Lester Merrill, dirá que yo la maté. Tiene el caso en sus manos, teniente. Yo que usted, no vacilaría —le tendió las manos, sarcástico, pegando las muñecas entre sí—. ¿Y esas esposas? ¿No es ya tiempo?

—Váyase al infierno —refunfuñó el policía, irritado—. Me gustaría meterle en un buen lío, porque usted se lo ha buscado, queriendo ser más listo que la policía, pero no lo haré para evitarle problemas. Algo me dice que usted no sería tan idiota como para dejarse sorprender en el camerino de la Wells, después de lo de Jade Wong.

—Exacto —asintió tranquilamente Garfield—. La persona que asesinó a Sally Hoffman, a Jade Wong y a Sheree Wells, no es tan imbécil, ni mucho menos...

—¿Cómo? —le contempló, penetrante, Madison—. ¿Sugiere que los tres crímenes... son obra de una misma persona?

—Sí —dijo calmamente Dick—. Lo afirmo, teniente.

—Pero... ¿por qué, Dick?

—¿Por qué? —Garfield se encogió de hombros—. Dios mío, si pudiera contestar a eso... te daría quizá el nombre del asesino. Lo malo es que no tengo la menor idea al respecto.

—Son tres crímenes muy diferentes, Dick... Los he leído en los

periódicos. Una chica taxidermista, una modelo del Latin Quarter, una bailarina de clásico... Sin nada común entre sí, además.

—¿Olvidas a los cisnes? —sonrió Garfield, pensativo, tomando un sorbo de café.

—Oh, los cisnes... —Gladys Stuart se puso algo de azúcar en su propio café, además de un poco de leche. Clavó su mirada azul oscura, bajo los cabellos revueltos, rojizos, en el rostro de su amigo e invitado—. Dick, eso no tiene sentido. Son sólo unos cisnes. A la hija de ese millonario le gustaban, Sheree era amiga de ella y se los obsequió, el padre los dio a disecar, tras la trágica muerte de la muchacha... ¿Qué significado puede encerrar tal hecho? No me dirás que esto es un tenebroso caso de espionaje, y los cisnes ocultan un misterioso secreto internacional...

—No, no me refería al papel directo de los cisnes, sino a su raro nexo entre todo. No son los cisnes en sí los que significan algo, sino la gente que pulula en torno a ellos: la hija de Everett, éste, la taxidermista, Sheree Wells...

—¿Y tu modelo, la muchacha china asesinada? —argumentó vivamente la joven bailarina del Russian Hall.

—Sé que no encaja. Es el punto suelto, pero se relacionaba conmigo. Era mi modelo. Y yo hice el busto de Elma Everett...

—Es una conexión demasiado artificiosa, Dick. Me parece que las tres mujeres no se relacionaban en absoluto entre sí. Por tanto, no puede haber un factor común a todas ellas. Y menos aún, un asesino común..., salvo en el modo de destrozar a sus víctimas. Y eso tampoco prueba nada por sí solo.

—Es muy discutible tu opinión, Gladys —se incorporó Dick, apurando su café, y paseó por la cocina de la muchacha, con aire pensativo—. Primero utilizaron los picos y garras de animales disecados. Luego, un anzuelo múltiple para pescas especiales. Finalmente, un trozo de espejo, largo y afilado. Tres armas diferentes. Pero un mismo procedimiento común: brutalidad implacable, destrozos físicos terribles, ensañamiento con su joven víctima. En todos los casos, justamente eso: joven, mujer... y atractiva.

—Como Jack *el Destripador*, vamos —comentó Gladys, sarcástica.

—No, el Destripador asesinaba mujeres maduras o envejecidas

prematuramente por la mala vida. Y todas ellas, rameritas de oficio. En este caso, la profesión es diferente. Pero el móvil y la acción pueden ser similares: elegir siempre mujeres. Y destrozarlas a todas de un modo cruel.

—¿Motivo, Dick? —insistió ella.

—No sé. Es difícil llegar a eso. La policía lo ignora aún. Yo no puedo ir más deprisa que ellos. Especialmente ahora, cuando he sido advertido de que debo andar con cautela, si no quiero ir a una celda del estado de California, acusado de asesinato en primer grado.

—Entonces, ¿por qué no olvidas todo eso, y hablamos de cosas más agradables, Dick? —le sugirió ella suavemente.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como por ejemplo..., tu trabajo, tus proyectos... De los míos, temo no poder hablarte por ahora, ya que han cerrado el teatro hasta nuevo aviso. ¿Cuál es tu futura obra escultórica, amigo mío?

—Desgraciadamente, hemos de volver a hablar de un mismo tema otra vez, Gladys —rió, poniendo una mano sobre la extendida de la joven artista, en la mesa de su acogedora y pulcra cocina—. Mi obra en curso es Jade Wong. Su figura. La futura obra para las Naciones Unidas: la Mujer Oriental ante el mundo de hoy...

—Sí, entiendo —suspiró ella—. Veo que es inevitable volver siempre al punto de partida.

—Inexorablemente, Gladys. No pensaba terminar ese grupo escultórico. Lo haré en homenaje a Jade.

—Hablas de ella como si te hubieras enamorado, Dick... —Gladys se mordió el labio inferior, con cierto aire de despecho muy femenino.

—Nunca sabré si ocurrió realmente así. Ni quiero saberlo, Gladys. Prefiero dedicarle mi modesto tributo. Y esperar a vengar su muerte.

—Recuerda lo que dijo ese policía: capturar a un asesino, es obra de ellos, no tuya.

—Pero mataron a Sheree Wells cuando yo iba a verla, Gladys. Eso puede significar algo.

—¿Qué?

—Puede significar... que estuve cerca de una solución. De alguna solución, cuando menos. Y el asesino se anticipó.

—Supongamos que ocurrieran así las cosas: ¿qué conclusión has podido sacar?

—Que la posible pista se borró en sangre, al morir Sheree.

—¿Entonces?

—Puede haber otras pistas... —Miró Garfield fijamente a Gladys—. Por ejemplo:

Merrill.

—¿El ayudante personal de Sheree? —Ella se encogió de hombros—. Lo dudo mucho.

—Háblame de él. ¿Qué clase de tipo es?

—Ya lo viste: un individuo afectado y feminoide. Como todos los de su clase, sinuoso y nada sincero. Pero incapaz de un crimen así, estoy segura.

—¿Llevaba mucho tiempo al servicio de Sheree Wells?

—Que yo sepa, algo más de un año. Desde que empezó a quedarse ciego.

—¿Ciego? —Garfield enarcó las cejas—. ¿Ese tipo se queda ciego, Gladys?

—Sí. Usa lentillas de mucho aumento. Tiene ojos azul claro, pero las usa verdes, para resultar más sugestivo... —Gladys rió, moviendo la cabeza—. Muy propio de Lester Merrill.

—Antes de que empezara a quedarse ciego, ¿qué era Merrill, exactamente?

—Fotógrafo profesional. La luz de los focos le quemaba la vista, según creo. Tuvo que dejarlo. Ganaba dinero con ello, y tenía prestigio.

—Cielos. —Dick Garfield hurgó en sus recuerdos—. Lester, Arte Fotográfico... ¿No será él?

—Sí, lo era. Usaba su nombre para la firma comercial. Era muy bueno.

—Lo sé. Y muy sofisticado. Vaya..., Lester, el gran fotógrafo de arte... convertido en un vulgar camarero de bailarinas. ¿No pudo retirarse con mayor dignidad?

—No, no pudo. Hay quien dice que las drogas también influyeron en su dolencia óptica. Se arruinó. Hasper Galloway, el empresario del Russian Hall, le buscó ese trabajo con Sheree. Pero me da la impresión de que a ella nunca le gustó demasiado tener junto a sí a ese tipo.

—Si no fuera porque dije ya una vez ante otras personas que iba a ver a alguien, y ese alguien murió asesinado, te diría, Gladys, que voy a tratar de charlar privadamente con Hasper Galloway, el inválido empresario del teatro Russian Hall... y también con el exfotógrafo Lester.

—Entonces, eso significa que no vas a intentar tal cosa...

—Sí, querida Gladys —suspiró Dick—. Eso es, justamente, lo que voy a hacer. Aunque uno de ellos siga en la lista sangrienta...

CAPÍTULO VI

Cuando menos, Hasper Galloway seguía lleno de vida.

Era un hombre grueso, adiposo, fofu y cansino, apoyado siempre en su peculiar y costoso asiento de metal rodante, dotado de los máximos adelantos electrónicos. Podía dar mayor o menor velocidad a las ruedas de su silla, con sólo presionar unos botones en los brazos del rígido asiento, conectar un micrófono radiotelefónico, amplificar su voz a través de un megáfono eléctrico disimulado, en caso de emergencia, y un sinfín de maniobras más, todas articuladas con el tablero de botones a su disposición en una caja metálica lateral, en su brazo derecho del sillón.

Sus piernas, inmovilizadas por un *shock* psíquico, del que ningún especialista había logrado nunca sacarle, se cubrían con una suave manta, que podía accionar eléctricamente, para calentar sus miembros en el invierno, y su cuerpo inclinado hacia delante, parecía siempre dispuesto a ponerse en pie de un salto, abandonando aquel vehículo en el que remediaba su invalidez en la medida de lo posible.

Poseía una gran fortuna, pero no parecía sentirse particularmente feliz por ello. Dick Garfield, cuando menos, entendió ese punto de vista del magnate del espectáculo. El no hubiera cambiado su capacidad física actual por todos los millones de Hasper Galloway. Y resultaba obvio que, sin embargo, éste sí hubiera hecho el canje opuesto, sin la menor duda.

Los dos hombres se miraron largamente, en el amplio salón de trabajo que el millonario poseía en la planta baja del Russian Hall, con capacidad para deambular por él con su silla, sin ayuda de nadie. Era el primer inválido a quien Dick veía postrado en una silla, sin necesidad del conductor de tumor. La electrónica cumplía, sin duda, semejante misión. Y a entera satisfacción de Galloway. Claro que, en el exterior, numerosos servidores a sueldo esperaban

cualquier aviso o llamada del millonario para acudir a servirle, solícitos. Con todos tenía conexión radial el empresario.

—Bien, Garfield... —comenzó con voz apacible—. Sé que usted encontró sin vida a Sheree Wells, mi primera bailarina. Evidentemente, la policía no ve nada sospechoso en eso. Yo me permito preguntarle ahora: ¿qué quiere exactamente de mí?

—Señor Galloway, sé que su tiempo es precioso, incluso ahora que tiene cerrado su teatro, y no le molestaré demasiado tiempo. Sólo deseo hacerle unas pocas preguntas.

—¿Preguntas? ¿Usted? Creí que todo eso quedaba para la policía, Garfield.

—Es lógico que usted puede negarse a contestarlas, y yo no puedo objetar nada al respecto. Pero me gustaría que usted... tratara de ayudarme a encontrar algo claro en todo este enredo.

—Garfield, eso también me parece que es cosa de la policía. Usted no tiene por qué buscar nada relacionado con ese crimen.

—Se equivoca. Pueden acusarme de haberlo cometido yo, si antes no demuestro que hubo otras posibilidades. El asesino, evidentemente, estaba en el teatro cuando yo encontré el cadáver de Sheree. Si era desconocido, estaba oculto. Si no, no debió importarle que todos le viesan, puesto que su presencia allí no significaba nada.

—No le entiendo... ¿Adónde quiere ir a parar con eso?

—A esto: usted, como empresario de Sheree, como persona conocedora de sus costumbres y modo de ser, ¿considera que podía saber algo sobre alguien, y estar capacitada para perjudicarle de tal modo que el asesino optó por eliminarla, con todos sus riesgos?

—Sheree era muy reservada —frunció el ceño el paralítico, haciendo rodar un poco su silla hasta cerca de un cuadro enmarcado, donde se veía precisamente a Sheree, pintada sobre un fondo azul, de aguas y de cisnes, en una escena de *ballet*. Los colores eran vivos, plásticos. Y el marco, blanco, muy moderno. La señaló desde su silla metálica—. Si hubiera ocurrido algo así, no hubiese hablado, tal vez. Cuando menos, no hasta estar segura de algo.

—¿Le gustaba tener por ayudante a Lester Merrill?

—Merrill... —Galloway pestañeó, inclinando la canosa cabeza, maciza y ancha. Sus manos recias, nervudas, se crisparon sobre los

brazos de aluminio de su sillón—. No, ese hombre no era de su gusto. Quería despedirlo. Creo que hubiera terminado haciéndolo.

Sheree no era agradecida, a fin de cuentas.

—¿Agradecida? ¿Tenía algo que agradecer a Merrill?

—El haber sido su mejor fotógrafo, cuando las drogas y los focos del estudio no le habían quemado las pupilas, convirtiéndole en un inútil —se quejó Galloway, volviendo a hacer rodar, nerviosamente, su asiento electrónico—. Todos debemos ser agradecidos en este mundo, Garfield. Aunque nos ocurra un infortunio, seguimos siendo los mismos. Yo sigo siendo el empresario de siempre, incluso con mi inmovilidad, con esta maldita silla de ruedas, que me costó una auténtica fortuna.

—¿Y Merrill? ¿Siguió siendo el de siempre?

—No sé. Cuando menos, ha intentado luchar por sobrevivir. Merece una oportunidad. Fue el mejor fotógrafo que jamás tuve. Unas fotografías suyas le hicieron ganar a Sheree Wells el concurso de *Miss Danza*, que le dio acceso a mi teatro. Otras fotografías suyas, en las grandes publicaciones gráficas del país, dieron publicidad a mis espectáculos. No, no es justo aplastar ahora a Merrill. Es el árbol caído de quien no debe hacerse leña. Aunque no resulte simpático. Nunca lo fue. Tiene sus defectos, que son los de siempre. ¿Quién de nosotros no los tiene, Garfield?

—Cierto —asintió el joven escultor. Se acercó, estudiando la pintura. Sorprendido, clavó sus ojos en la firma del lienzo—. Vaya, este óleo... Es obra de Lorna Parker, ¿no?

—Exacto. Una joven artista de gran porvenir... ¿La conoce, acaso?

—Sí, un poco. —Garfield se encogió de hombros—. Dejemos a Lorna Parker, señor Galloway. Hablábamos de Lester Merrill... ¿Qué hará ahora, tras la muerte de Sheree?

—No lo sé —resopló el inválido millonario—. Pienso ofrecerle un trabajo cualquiera en mi teatro. Seguro que el pobre diablo aceptará. No tiene otra cosa que hacer. Su ceguera progresa tanto, que cambia de lentillas cada dos o tres meses. Un oftalmólogo amigo, el doctor Prentiss... le ha pronosticado la ceguera total para dentro de un par de años.

—¿Y él lo sabe?

—Sí. —Galloway inclinó la cabeza—. El lo sabe, Garfield.

—Claro que lo sé. Siempre lo supe. Mi enfermedad no tiene remedio —hizo un gesto amanerado, tomando la jarra de vidrio—. ¿Café, Garfield?

—No, gracias —rechazó él. Observó los ademanes feminoides de su visitado. Le vio servirse la infusión, y disimuló cuando el exayudante de Sheree Wells se sentó frente a él, en el gabinete-cocina del pequeño apartamento en Van Ness Avenue—. ¿Piensa aceptar el trabajo que Galloway le ofrezca?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Se encogió de hombros, penosamente—. Estoy forzado a ello. O a morirme de hambre. En mis circunstancias, el orgullo vale de poco, amigo.

—¿Ve usted bien ahora, en la actualidad?

—Claro —se sintió ofendido—. Llevo lentillas de muchas dioptrías. Le vi a usted junto al cadáver sangrante de la señorita Wells, si es a eso a lo que quiso referirse.

—Puede ser una de las cosas a que me refería, sí —convino fríamente el escultor—. Ya que su vista fue tan buena para eso, ¿no puede recordar ninguna otra cosa especial, esa noche?

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Quizá usted lo sepa, Merrill. Alguna otra visita, alguien que fuese amigo, conocido o admirador de Sheree Wells... ¿No vio a nadie así en el teatro, hombre o mujer?

—No. A nadie —rechazó secamente el exfotógrafo.

Garfield no replicó a eso. Su mirada vagó por la estancia, repleta de magníficas ampliaciones fotográficas en color y blanco y negro. Todas con la firma de Lester. Auténticas obras de arte. Recuerdo de un pasado mejor, definitivamente muerto por el artista de la cámara. Contempló a éste, casi compasivo. Se tropezó con el verde ficticio de las lentillas de color del hombre condenado a la ceguera paulatina.

—Imagino que nadie odiaría personalmente a Sheree, hasta el punto de desear su muerte, y menos en la forma en que ésta tuvo lugar.

—No, nadie. —Merrill pareció horrorizado por un instante—. Fue un crimen salvaje, monstruoso.

—Monstruoso, sí. Ésa es la palabra, Merrill. Creo que estamos ante un auténtico monstruo, cuya acción del teatro no ha sido aislada, ni mucho menos.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Lester, contemplando muy fijo a su interlocutor.

—Otras dos mujeres, como mínimo, han perecido ya a sus manos. Y de un modo muy parecido.

—¿Eso es cierto? ¿Qué hace, entonces, la policía?

—Lo de siempre: buscar un culpable. Pero no siempre se encuentra. El monstruo no sólo es un asesino sin piedad, sino inteligente y astuto, como todos los criminales. Existen varios puntos oscuros en torno a él. Por ejemplo, ¿cómo pudo entrar en el teatro y salir sin ser visto por nadie?

—Eso no resulta nada fácil. Está prohibido entrar, si no se conoce a alguien y se pregunta directamente por la persona conocida. Usted debe saberlo, Garfield.

—Lo sé, Merrill. Para entrar, tuve que preguntar por una amiga, aunque mi intención era ver a Sheree Wells, ya que la consideraba un posible testigo en los crímenes anteriores.

—¿Ella, testigo? Nunca la oí hablar nada al respecto.

—Sabía algo, ignorando posiblemente su trascendencia. Al menos, es lo que yo pensé. Por eso fui al teatro, Merrill. No desconfíe de mí. Yo no le hice daño a su patrona. Lo que deseo es que me ayude a buscar a quien realmente lo hizo.

—No tengo nada que pueda ser útil, Garfield —sacudió la cabeza negativamente Merrill—. Yo, por desgracia, no sé nada.

—¿No tiene ninguna idea del medio que pudo utilizar esa persona para entrar y salir, sin llamar la atención?

—No, ninguna. Siempre imaginé que era usted, precisamente porque era la única persona ajena al teatro a quien vi esa noche.

—¿Estuvo ausente mucho tiempo del camerino? Yo le vi al subir a ver a mi amiga Gladys.

—Entonces esperaba un mutis de Sheree, para ayudarle a cambiarse —hizo un ademán afectado con su mano. Luego, suspiró con dolor, y se llevó ambas manos a las sienes—. Dios mío, ¿cómo imaginar que no volvería a verla viva?

—Sí, todo eso es muy penoso, Merrill. Trate de recordar, se lo ruego. ¿Qué hizo usted después?

—Sheree se cambió de vestido. Yo recogí el anterior, descosido en un punto de su corpiño, y, a requerimiento suyo, lo llevé abajo, a la sastrería del teatro, que está en el foso. Tardé unos siete u ocho

minutos, creo yo. Al volver, usted estaba con ella, y ella...

Enmudeció, sin añadir más. Tampoco era preciso. Garfield asintió despacio. Merrill parecía sincero, realmente dolido por el trágico suceso. Pero en realidad, el auténtico asesino también sabría fingir, llegado el caso, estaba seguro de ello.

—¿En ningún momento vio a nadie ajeno al teatro? —insistió Dick.

—No, a nadie, salvo a usted.

—Entonces, si no fue persona alguna relacionada con el Russian Hall y el espectáculo..., ¿cómo imagina usted que pudo entrar alguien, matar a Sheree Wells, y huir sin ser visto?

—Eso es prácticamente imposible —rechazó, contundente, Merrill.

—Lo parece, amigo mío. Simplemente, lo parece. Debemos apurar todas las posibilidades al respecto. ¿Sólo se puede entrar y salir del escenario por la puerta del pasaje, donde está el conserje?

—Sólo por ahí o por el acceso a la platea. Pero también ahí existe un empleado, que sólo permite entrar y salir a las personas autorizadas. El señor Galloway tiene dadas órdenes contundentes, en ese sentido. Creo que, en realidad, sólo él mismo entra y sale con frecuencia, siempre en su silla de inválido, naturalmente, de la platea al escenario, y viceversa.

—Entiendo. Estamos, pues, en que no hay salidas *oficiales* —advirtió suavemente Garfield.

—¿Oficiales? —Pestañeó Merrill—. Ni ninguna otra...

—Hay ventanas que dan a un patio interior, en casi todos los camerinos. Me pregunto yo: ¿dónde está ese patio, y cómo se llega a él?

—Pues... —Perplejo, el excamarero de la mujer asesinada, se rascó la cabeza—. Bueno, hay una puerta arriba, en el último piso, sobre los camerinos de las bailarinas, cerca ya de los telares. Pero es de metal, y siempre está cerrada con llave...

Cerrada con llave. Sí, era cierto.

Una puerta pequeña, metálica, de gran solidez. Sólo que ofrecía raspaduras y arañazos ostensibles, en torno a la cerradura, exterior e interiormente. Raspaduras recientes, en las que el metal brillaba, sin óxido alguno.

Muy recientes, calculó Dick Garfield, agachado ante la hoja metálica, que acababa de abrir ante él un empleado. Junto a Dick, Lester Merrill y Gladys Stuart, asistían a la escena, impacientes.

—¿Ves algo en ella? —se apresuró a preguntarle Gladys, llena de curiosidad.

—Rasguños. Violentaron la entrada con algo. Posiblemente, una ganzúa no demasiado perfecta, pero que sirvió. Dejando señales, claro. Veamos ahora el exterior...

Salió al patio. Le siguieron sus dos acompañantes. En realidad, era una azotea, entre parapetos y chimeneas. Un angosto patio descendía ante ellos, Garfield se asomó, mirando abajo. Era bastante alto. Había ventanas en sus muros. Ventanas estrechas, de cristal esmerilado. Los camerinos del teatro.

La lluvia pertinaz de esos días, habría borrado toda clase de huellas, si alguna vez las hubo realmente. El suelo, además, estaba sucio, y ello formaba una especie de barrillo oscuro sobre la azotea, en el que era imposible descubrir nada. Garfield buscó un posible acceso. Fijó su mirada en el parapeto alambrado que separaba el edificio del teatro del inmediato. Una persona ágil podía salvarlo sin grandes problemas, caso de proponérselo. Se movió hasta aquel punto. El aire agitaba sus cabellos. Ráfagas de lluvia pulverizada, muy leve, azotaban su rostro y las ropas sacudidas por el viento. El día era gris e inclemente. Sobre todo, allá arriba, con la brumosa vista de la ciudad en torno.

Dick examinó la alambrada entre ambas azoteas. Ofrecía numerosas huellas de haber sido utilizada, pero más de una vez y más de diez. Por ese lado, tampoco encontraría nada práctico. Se volvió hacia sus compañeros, disgustado.

—Pudieron pasar por aquí —comentó—. ¿Qué clase de edificio es el inmediato, Merrill?

—Oficinas y despachos. También creo que hay abajo un almacén. Sí, de pinturas, exactamente, ahora recuerdo. No parece haber muchas oficinas arrendadas.

Sacudió Dick la cabeza. Era la clase de edificio ideal para utilizarlo como vehículo hacia el teatro, si se sabía la existencia de aquella puertecilla y se llevaba consigo una ganzúa. Entrar y salir del Russian Hall no era tan complicado, después de todo. Habían encontrado una posibilidad lógica de llegar hasta Sheree Wells,

asesinarla y huir después sin ser visto. Era arriesgado, pero factible. Y eso es lo que Garfield había buscado: un medio factible de entrar en el lugar del crimen, siendo ajeno a él y no llamando la atención.

—Vámonos de aquí —suspiró Dick, poco satisfecho—. Creo que no aclararemos nada más. En la realidad, los asesinos no dejan trozos de tela, botones ni nada que pueda servir para su identificación. Eso sólo ocurre en las novelas policíacas donde el investigador tiene que descubrirlo todo, sea como sea...

En silencio, abandonaron la azotea. Merrill cerró de nuevo, con la llave que les proporcionara el conserje, siguiendo unas instrucciones de Hasper Galloway, el empresario. Dick se preguntó si realmente habría valido la pena molestarles a todos por tan poco.

—Aquel día no me dijiste que conocías a Sheree Wells, Lorna.

Lorna se encogió de hombros. Paseó por la estancia, sin que pareciese dispuesta a responder cosa alguna a su visitante. Éste, entretanto, se servía café de un jarro puesto a calentar en el fogón eléctrico. Afuera, la lluvia arreciaba, como durante toda la semana.

—Querido Dick, no consideré realmente importante ese punto, como para mencionarlo delante de aquel desventurado de Zachary Everett...

Se había vuelto, con sus rígidas manos enguantadas apoyadas en sus caderas. Era hermosa y provocativa. Morena y sensual. Pero aquellas manos... Dick, recordando su garfio metálico en la diestra, bajo el guante simulado, no podía por menos de estremecerse y rechazar cualquier posibilidad de romance con Lorna, pese a sus atractivos físicos, poderosos y en plenitud. Era lamentable para una mujer, pero así eran las cosas.

Ella, con su camisa, rayada, ajustada, mal abotonada sobre el torso, dejando descubrir porciones sugestivas de su seno vibrante, con sus pantalones ceñidos sobre las largas piernas y los muslos firmes, era toda una tentación. Pero en aquel día lluvioso, en el acogedor estudio de la joven pintora, rodeados de cuadros en los que los desnudos femeninos abundaban, escuchando música melancólica de un *cassette*, y un mullido y amplio sofá entre ambos, todo posible valor erótico de la situación se diluía, apenas fijaba Dick sus ojos en la enguantada mano diestra.

—Era importante, en cierto modo —siguió el hilo de la charla, intrascendente y difícil—. Tú conocías a esa bailarina. Le hiciste un

buen retrato.

—Era encargo de Galloway, el empresario. —Lorna sacudió la cabeza—. Creo que él estaba enamorado de ella... en secreto.

—¿Enamorado? —Pestañeó Dick, sorprendido—. No se me ocurrió...

—¿Por qué no? Sheree era hermosa y delicada. Buena bailarina, distinguida, atractiva...

Galloway es rico, maduro, viudo una vez y divorciado dos. Todo compaginable, ¿no?

—Sí, claro. Pero aun así, no pensé en ese punto, Lorna.

—Te entiendo. No pensaste en ello, como no pensarías, por ejemplo, en que yo... yo estuviera secretamente enamorada de ti, Dick.

—¿Cómo? —Se irguió Garfield, estupefacto.

—No, no te asustes —rió ella, de buen humor. Se aproximó a él. Le miraba muy fijamente—. No tengo derecho a enamorarme de nadie. Empiezo a creerlo así. Y tú, instintivamente, pensaste igual de Galloway. Confinado en su silla de ruedas, parece ajeno a cierta clase de sentimientos. Pero es humano, Dick. Como yo. Sólo que también existe algo en mí, aunque no sea una silla de ruedas...

Había amargura en el tono de Lorna. Garfield no dijo nada. Tomó café en silencio. Buscó cigarrillos. Ofreció a Lorna. Ella aceptó, dejando que él encendiese ambos. Se sentó a su lado. La situación se había hecho tensa.

—Una vida se destroza a veces sin necesidad de morir, Dick —recitó sombríamente ella—. No es lo malo perder la vida, sino conservarla estérilmente...

—Sí, te entiendo.

—No, no puedes entenderlo. Nadie lo entiende realmente. Eres joven, todo te sonríe, luchas y amas... y de repente ocurre algo. Algo trágico e imprevisible. Un accidente, un suceso desgraciado. Pierdes algo: una mano, un brazo, una pierna, los ojos, el movimiento... Algo que nunca te paraste a considerar en su auténtica importancia. Y todo se derrumba. La vida deja de ser la misma. Lo que te rodea se convierte en algo negro y siniestro. La gente te mira ya de otro modo. Y tú empiezas a sentir de modo distinto, porque ya no eres el mismo, ni puedes esperar lo mismo de la vida.

—No, Lorna. Eso no es cierto. Si te ama alguien, todo sigue igual.

—¡Amarte alguien! —Hubo en el tono de ella una profunda amargura, como una patética y sobria desesperación interior, que afloraba por vez primera a la superficie. Aquella mujer hermosa, turbadora, de cuerpo escultural y rostro apasionado, se volvió a Dick en el sofá, y reveló su tremendo drama en lo que manifestó a continuación—: ¿Sabes, Dick? Yo... yo iba a casarme cuando el accidente... El automóvil volcó, se incendió súbitamente, pudieron sacarme con vida, sólo con algunas quemaduras sin importancia..., pero con una mano casi totalmente amputada por los hierros... y con la otra inválida a medias. ¿Imaginas lo que es eso para una mujer, para una pintora? Mi fuerza de voluntad me permitió volver a los pinceles, superar la pérdida, seguir siendo yo misma. Pero sólo hice eso por refugiarme en algo. En un trabajo que absorbiese mi tiempo, que no me dejase pensar... Dick, mi prometido... me abandonó apenas supo la noticia y contempló mi mano ortopédica...

—No sabía eso. —Dick Garfield inclinó la cabeza—. De veras lamento haber hablado así... Pero él no podía quererte mucho, si obró de ese modo.

—Es lo que todos dicen para confortarme. Lo cierto es que lo perdí. Estoy sola. Y sola seguiré, Dick.

—No hables así. Eres joven, Lorna. Hermosa, inteligente, sensible... Encontrarás a alguien más digno de tu amor que aquel hombre. Alguien que no se fijará en nada, salvo en su cariño hacia ti.

—Gracias por consolarme, Dick. No espero gran cosa de la vida. Pienso que hubiera sido mucho mejor morir aquel día en el coche...

—Pero sigues con vida. Y debes continuar adelante. Todos hemos de hacerlo, ocurra lo que ocurra.

—Oh, claro. Everett sigue adelante, aunque perdió a su bella hija en un estanque... Galloway continúa viviendo, aferrado a una silla electrónica, que suple a sus piernas... Ese hombre de que me hablaste, Merrill, sigue vivo, aunque sin fotografiar ya a nadie, volviéndose paulatinamente ciego, sirviendo en bajos menesteres... ¿Y crees que todo eso es vida, realmente?

Se incorporó, caminando, decidida, por la estancia. El silencio se

hizo al agotarse la cinta magnetofónica del *cassette* musical. Sólo se percibió el tamborileo monocorde de la lluvia, batiendo tristemente los cristales.

Richard Garfield siguió los pasos de Lorna Parker con la mirada. Suspiró, apagando su cigarrillo, tras apurar el café. Se puso en pie, perezosamente.

—No vine a hablar de ti y de cosas amargas, Lorna —le recordó—. Quería hablar de Sheree Wells, tu modelo.

—Sheree Wells —silabeó Lorna, entre dientes—. La hermosa, graciosa y delicada Sheree, la gran danzarina clásica... Esbelta y sutil, armoniosa y perfecta como un auténtico cisne... Y ahora está muerta. Muerta, Dick. Me pregunto si no será eso lo mejor.

—La muerte nunca es lo mejor. Y menos, cuando se muere de cierto modo, Lorna.

—¿Sabes una cosa, Dick? —habló bruscamente la pintora, volviéndose a mirarle con fijeza—. Hubo un tiempo en que sentí odio por mujeres como Sheree Wells. Ella seguía siendo bella y perfecta, mientras que yo... Hubiera deseado hacer algo como lo que hizo ese asesino. Destruir lo hermoso, vengarme en los demás de mi propio infortunio... Eso, naturalmente, fue al principio. Estaba como loca. Luego, recapacité..., y me resigné. Ahora, sólo envidio la belleza ajena, pero no pienso en destruirla...

Dick Garfield se había quedado repentinamente callado, mirándola con asombro. Un destello raro cruzó sus ojos. No dijo nada. No fue capaz de comentar nada, siquiera.

Pero, en su rostro, aparecía la expresión de alguien que, brutal e inesperadamente, se encara con algo que nunca había pasado por su mente. Algo horrible y revelador.

CAPÍTULO VII

El estanque aparecía solitario, triste y gris, bajo la llovizna.

Alrededor, setos bien cortados, paseos de gravilla, árboles deshojados por el invierno húmedo y desapacible de la costa californiana. Más allá, la amplia, suntuosa residencia colonial, como un vestigio del pasado. La residencia de los Everett.

—No hay cisnes... —comentó Dick Garfield.

—No, no hay cisnes —suspiró, tras él, Zachary Everett. Se apoyó en la balaustrada asomada al estanque de Alameda Terrace. La mirada triste vagó por el triste paisaje del estanque y el jardín. La hojarasca brillaba con las gotas de agua. El suelo aparecía reblandecido por la lluvia.

—¿Tiene ya sus ejemplares disecados? —se interesó el joven escultor.

—Sí. —Everett se irguió, sin quitar sus ojos de la superficie gris del agua, donde repiqueteaban suavemente las gotas de lluvia, produciendo leves burbujas—. Venga conmigo, por favor.

Le siguió. Entre el estanque y la casa, había una especie de amplio cenador encristalado. Dentro, muebles antiguos y confortables. En medio, un estrado con vidrio azul. Y tres cisnes blancos en él.

Tres hermosos cisnes, de impoluto plumaje nevado. Cuello erguido, arrogancia que iba más allá de la rigidez de la muerte... Dick se preguntó cómo pudo sacrificar el millonario a aquellos hermosos animales.

—Son muy bellos —comentó.

—*Eran* muy bellos— rectificó secamente Everett. —Mi hija los adoraba.

—Sí, ya me lo dijo. —Garfield fue hasta los disecados cuerpos de brillante plumaje. Observó la perfección de la obra—. ¿Se los entregaron sin dificultades, señor Everett?

—Sí. Ya no les eran necesarios. Tuvieron que lavarlos —resopló el magnate, con gesto ensombrecido—. Parece..., parece que estaban muy manchados. Aquella pobre muchacha, Sally Hoffman... Fue terrible.

—¿Sangre de Sally Hoffman?

—Sí. Mucha sangre. Salpicaduras violentas. Resultaba tremendo ver a unos cisnes tan majestuosos y blancos... manchados de ese modo.

—Sí, imagino que sí. —Garfield tocó el ala y el cuello largo y flexible de uno de los ánades—. Aquí aún quedan leves manchas oscuras.

—Las haré limpiar —se estremeció Everett—. No es agradable recordar lo que sucedió junto a estas aves, ya sin vida.

—Fueron testigos de algo que nunca podrán revelar a nadie —comentó Garfield, asintiendo—. Señor Everett, ¿viene usted a menudo a... a contemplar esos cisnes, aquí? —Sí, muy a menudo— afirmó el dolorido millonario.

—¿Vive solo, tal vez?

—No. Con mi esposa. Y mi otra hija.

—¿Tiene otra hija? —se sorprendió Dick—. Creí que Elma era hija única.

—Bueno, como si lo hubiera sido. Ella... ella es hija de mi mujer. No lo es mía.

—Entiendo. ¿Segundas nupcias?

—De ambos, sí. Eramos viudos, los dos. Con una hija cada uno. Elma era la mía... Muriel es la de mi esposa.

—¿Mayor que Elma?

—Menor. Un par de años menos. Pero no como ella. No puede compararse con Elma. En nada, Garfield.

—Sí, comprendo.

—No, no es lo que cree. Muriel es mi hijastra, pero la quería de igual modo que si hubiera sido mía. Es que yo... yo amo aquello que es perfecto. Elma lo era. La más bella criatura que jamás existió...

—Muy hermosa, sí. Las fotografías que usted me proporcionó...

—No eran nada. Todo queda pálido, incluso su maravilloso busto —señaló a un estante, donde aparecía el bronce moldeado por Dick, entre dos búcaros con flores—. Ella era aún más bella, en la

realidad... Infinitamente más bella, créame.

—Le creo —miró Dick en torno. Preocupado, volvió los ojos a Zachary Everett—. Pero... vivir de recuerdos, señor Everett, es poco práctico. No resuelve nada. Encerrarse aquí, pensar en el ser que perdió usted en ese estanque... no tiene sentido. Debe afrontar la vida y sus realidades. Por duras y penosas que sean. Acepte que perdió a Elma. Recuérdela con cariño, con dolor. Pero no se encierre entre evocaciones, figuras disecadas... Es como disecarse usted mismo.

—Lo siento. Nadie puede evitarlo. Y yo, menos que nadie —se dejó caer, postrado, en una silla de mimbre, ante el busto en bronce de su hija—. Déjeme, señor Garfield. Déjeme ahora a solas aquí, por favor. Siento que no puedo... No puedo continuar...

Parecía a punto de llorar, como en trance. Dick se retiró, sin hablar. Cerró tras sí la puerta vidriera del cenador. Contempló el recinto cerrado donde se quedaba el millonario, obstinadamente encerrado consigo mismo. Y con sus recuerdos desgarradores.

Se alejó Dick por el jardín, pensativamente. Hasta muy cerca del estanque gris y triste. Se quedó contemplando el paisaje. Era como si le faltara algo. Una pincelada de vida a un cuadro incompleto, mutilado.

Los cisnes. Los blancos cisnes, deslizándose sobre las aguas...

—Tal vez sea eso —se encogió de hombros—. No hay vida aquí... Sólo recuerdos embalsamados como los cisnes mismos...

—Tiene usted razón. Como los cisnes...

Se volvió, sobresaltado. Contempló a la persona que le hablaba.

—¿Quién es usted? —se extrañó Dick—. ¿Acaso... la señora Everett?

—Susan Everett, sí —afirmó ella gravemente—. Era una mujer alta, esbelta, de enjuta figura, cabellos grises, ropas oscuras, aspecto sobrio y señorial. Le miró muy despacio. —¿Y usted? ¿Algún invitado de mi esposo?

—Me invité yo solo, señora. Vine a visitarle para hablar del busto que hice sobre las fotografías de su hija Elma... Y para hablar de esos cisnes disecados.

—Oh, entiendo. Usted es Richard Garfield, el escultor... Mi esposo elogió su obra. A mí me pareció notable. Casi llegó a dar a ese busto la personalidad real de nuestra querida Elma...

Suspiró, inclinando la cabeza. Garfield observó sus manos, entrelazadas sobre la baranda del estanque. Estrujaba dolorosamente sus dedos. Pero el rostro revelaba serenidad. La mirada, gris como el día, se perdía en el estanque.

—Hábleme de ella —pidió Dick, de pronto—. Su esposo nunca afronta el tema con decisión.

—¿De Elma? —Pareció estremecerse la dama—. ¿Qué quiere saber?

—Su esposo me contó la tragedia. El estanque, la embarcación que volcó, la búsqueda estéril... y el hallazgo del cuerpo, en el fondo. Así sucedió todo, ¿verdad?

—Verdad, sí. Así sucedió todo. Elma halló la muerte en el lugar que más amaba... —La voz de ella desgranó lentamente las palabras—. El fango tuvo la culpa... Tuvimos que vaciar todo el estanque para dar con ella. Fue todo tan horrible...

Cerró los ojos con fuerza. Entre sus párpados, brotó la humedad de una lágrima cuajada. Apretaba los labios con energía, como intentando contener sus emociones.

—¿Tuvo ella la culpa? —preguntó suavemente Dick.

—Elma siempre tuvo culpa de todas las cosas que sucedieron —replicó inesperadamente la dama, con cierto acre reproche en el tono—. Su inconsciencia, su poco sentido... Dios mío, espero que sepa entender. No se habla así de alguien que ha muerto, pero Elma... Elma lo buscó todo. No debió aventurarse en el estanque. Había viento, llovía como hoy... Zozobró la canoa. Y estaban solas. Solas las dos... Cuando llegamos, era tarde.

—¿Las dos? ¿Se refiere a Elma y a su hermana?

—Su hermanastra —rectificó con cierta frialdad la dama—. Sí, estaban solas. Mi hija Muriel y la hija de Zachary, Elma... Muriel no quería ir al estanque. Elma la persuadió. Nunca debió aceptar. Pero Elma, siempre caprichosa, autoritaria, decidida... se salió con la suya. Fue siempre así...

No era muy piadosa con su hijastra. Pero Garfield no hizo observación alguna al respecto. No quería cortar el hilo de los comentarios de la señora Everett.

—Pero Muriel se salvó, ¿no es cierto? —Trató de contemporizar.

—Quizá de haber estado aquí, nosotros, ambas se hubieran salvado. No fue así, y el estanque se cobró una víctima... o quizá

dos, para ser más exactos.

—¿Dos? ¿A quién más se refiere usted, señora Everett? Si sólo murió Elma...

—Señor Garfield, no siempre es la muerte el peor de los desastres —dijo de pronto ella, clavando sus ojos en el escultor—. A veces, morir es descansar...

—Alguien me dijo una cosa parecida, no hace mucho —suspiró Dick—. Pero tenía motivos, pero usted. ¿Qué quiere darme a entender con eso?

—Nada —cortó abruptamente la dama—. Olvídelo, por favor. Yo he tratado de olvidar también. Sólo Zachary parece recordar y recordar... Sólo él tiene derecho, aquí, a sufrir...

Se alejó, decidida. Sin aclarar más. Sin cruzar con él una sola palabra de añadidura a lo que ya había dicho, que era confuso e incoherente, incluso.

Garfield se quedó pensativo. Sacudió la cabeza.

«En este lugar, todo el mundo parece un poco anormal —se dijo—. Es como si viviesen aferrados a algo que no puede ser...»

Se encaminó, decidido, hacia la salida de Everett Terrace. La lluvia estaba arreciando, y el cielo tenía un color plomizo oscuro. El aire arrastraba hojarasca y ramitas secas. Sus zapatos hacían crujir la gravilla mojada.

Decidió regresar a San Francisco, dejando Alameda y la residencia del millonario obsesionado por la pérdida de su hija. No le gustaba el ambiente que se respiraba allí. Era tan embalsamado como podía serlo la propia tienda de taxidermia de Sally Hoffman.

De repente, se encontró ante las botas de lluvia, relucientes de agua. Y las piernas bonitas, bien formadas...

Empezó a alzar la cabeza. La mirada recorrió unas rodillas perfectas, el nacimiento de unos muslos juveniles, atractivos... Una breve falda, adherida por el viento a esas piernas, unas caderas suaves, una cintura breve, un torso vital, generoso incluso, sin llegar a la exuberancia, bajo un jersey azul marino.

Y, finalmente, el rostro, bajo los cabellos rubios y lacios, largos hasta los hombros.

El rostro...

Dick Garfield lanzó una exclamación sorprendida, ante aquella figura juvenil de muchacha bella y deportiva. Todo el encanto, toda

la perfección de aquella muchacha cautivadora, se rompía al llegar al rostro.

Sobre el cuello esbelto y de suave tono nacarado, la faz de la desconocida era una terrible deformidad, en la que solamente los labios y los ojos destacaban, entre cicatrices, deformaciones y rugosidades que la convertían en casi un verdadero monstruo.

—Hola —saludó ella, con voz risueña y cordial—. Espero no haberle asustado... demasiado. Soy Muriel Everett.

Muriel Everett.

Podía tener veinte o veintidós años. Y una figura envidiable. Pero su rostro...

Ella inclinó la cabeza. El pelo rubio cayó en cascada, cubriendo casi su faz. Vista así, se hubiera podido jurar que era toda una belleza. Pero sólo así. Y ella lo sabía.

—Lo siento —la oyó musitar, tristemente—. No debí hacerlo. No debí dejarme ver.

Captó un ahogado sollozo. Garfield trató de evitar el dolor a la muchacha.

—No diga eso —murmuró—. Es que ignoraba su presencia aquí. He hablado con sus padres. No me dijeron que estaba usted en casa...

—No. Ellos nunca hablan de mí. Es como si yo también estuviese muerta. Igual que mi hermana... —Muriel respiró hondo. El cuerpo joven se estremeció. Acaso por la fría lluvia, acaso por otras cosas menos tangibles—. Le vi hablar con mamá. Miraban al estanque.

—El estanque... Sí, es cierto. Hablamos de... de la muerte de Elma.

—Elma... Mi hermana Elma, pobrecita... —rió inesperadamente, entre dientes. Siguió sin alzar la cabeza—. ¿Sabe que los cisnes del estanque están ahora en el cenador?

—Sí. Los he visto ya. ¿Le gustaban a usted esos cisnes?

—¿Qué importa ya todo eso? —Se encogió de hombros Muriel—. Están muertos. Los muertos descansan siempre. Sólo los que continuamos aquí... seguimos sufriendo.

Empezaba a cansarse de oír esa misma frase a tantas personas distintas. En el caso de Muriel Everett, no podía reprochárselo en absoluto. Sacudió la cabeza, indagando:

—¿Qué le sucedió? Parecen quemaduras...

—Son quemaduras. Nadie habla de ello, aquí. La canoa... era a motor. No sé lo que sucedió, pero se incendió el combustible. Estalló el depósito. Me cogió de lleco Elma... Elma se fue abajo, al fondo. Yo me mantuve, con la faz ensangrentada, luchando por no hundirme, por no desvanecerme. Al ruido de la explosión, unos vecinos telefonearon a la policía. Nos rescataron del estanque. Una estaba viva. La otra, muerta. Papá siempre tuvo debilidad por Elma. No porque la quisiera más, sino porque Elma era hermosa, y Muriel era fea. Fea, sí. Papá sólo ama lo bello, lo perfecto. Creo que siempre ha sido algo nazi...

—Comprendo —bajó los ojos Dick, pensativo—. Y ahora...

—Ahora, sólo me queda sufrir, llorar, huir de los espejos, desear la muerte... ¿Por qué no me quedé yo en el fondo del estanque... y ella se salvó?

—Hubiera sido también una mala cosa —suspiró Richard—. Su padre no hubiera seguido amando a su Elma. Ella sería ya diferente. Y usted estaría muerta ahora, Muriel.

—Muerta... —Levantó el rostro, el tremendo rostro cubierto de deformidades, de cicatrices ya incurables, que ninguna cirugía reparadora podía borrar. Los ojos hermosos, en aquella cara informe, le parecieron patéticos, desesperados casi. Era una mirada que creía conocer, que incluso le era familiar. Quizá porque era la mirada de todos los que, como Muriel Everett, prefieren morir a seguir con vida. Añadió ella ahogadamente, con lágrimas en los ojos —: A veces hago lo imposible por estar realmente muerta, señor...

—Garfield. Dick Garfield. Yo hice la escultura de su hermana Elma...

—Oh, usted... —Le miró, con expresión sorprendida. Añadió, en un murmullo, acercándose a él—: Es joven, guapo, atractivo...

Dick soportó incluso que ella alzara su mano, le tocara con la punta de los dedos el rostro. Luego, bruscamente, Muriel estalló en llanto y se alejó a la carrera, bajo la lluvia, gritando desgarradoramente:

—¡Váyase, váyase! ¡No quiero ver a nadie! ¡Nadie quiere verme a mí..., nadie desea amarme... ni siquiera contemplar mi rostro...!

En silencio, más impresionado que nunca, Richard Garfield salió de Everett Terrace. Una sensación depresiva le acompañaba, en su regreso a San Francisco.

Había ido en busca de una razón para matar. Y no sabía si había encontrado demasiadas razones para ello. E incluso un clima demencial, en un hogar roto, donde la tragedia flotaba con tintes casi épicos...

—¿Se ha vuelto loco, Garfield? ¿Qué es lo que ha dicho?

—Que esos crímenes pudieron tener un motivo anormal, teniente Madison. Un motivo fuera de lo común.

—Eso ya lo he oído —el oficial de Homicidios se incorporó de su asiento, rodeó su mesa de trabajo y se encaró con Dick—. Pero ha añadido usted que... que esos crímenes podrían ser, quizá, obra de alguien que desea vengarse de su propio infortunio...

—Eso dije, sí. En los tres casos, los hechos han sido particularmente idénticos: mujeres hermosas, de bella figura, de rostro atractivo... Lo que puede simbolizar, para alguien, la perfección absoluta.

—Y ese alguien... odia la perfección.

—O la amaba, hasta que dejó de disfrutar de ella, teniente.

—Por lo que me ha contado antes, sus tiros parecen apuntar a Zachary Everett, el millonario que perdió una hija y tiene una hijastra monstruosa...

—Es uno de los sospechosos, simplemente. Su modo de ser y de pensar encajan en el presunto asesino, ésa es la verdad. Pero de igual modo podríamos encajar también a su esposa y su hijastra Muriel, cosa que parece bastante menos razonable. En cambio, teniente, por fantástica coincidencia acaso, tenemos un puñado de sospechosos... y «todos» tienen motivos para sentirse acomplexados y poder sentir un odio demencial hacia quienes gozan de la perfección física, de la belleza, de la vitalidad, de un futuro prometedor...

—¿Qué personas, exactamente?

—Ya se lo dije: todas. Hasper, Galloway, ligado por vida a una silla de inválido... Lester Merrill, arruinado por una ceguera paulatina, que le provocaron las drogas y los focos de su estudio de fotógrafo... Lorna Parker, mutilada de una mano en un accidente... Resulta curioso, pero solamente Gladys Stuart y yo, de entre todos los personajes, nos encontramos en absoluta normalidad física. Descontando a Everett, que no sufre mal alguno, salvo la pérdida de su hija Elma. Trance éste que equivale a haberlo perdido todo.

—Veamos si le he entendido bien, Garfield. Usted sugiere una teoría estremecedora, al apuntar que esos crímenes no tienen, en realidad, móvil alguno. Que no sólo pudieron ser cometidos por un maníaco, como sospechamos en mi Departamento, sino que ese maníaco actúa movido por lo que cree una causa lógica y natural: la venganza, el afán de destruir aquello que él perdió antes: la belleza o la perfección física.

—Sí, teniente.

—Es un motivo delirante, Garfield.

—Los locos tienen siempre motivos fantásticos para obrar como obran. Y el ser capaz de destrozar así a esas mujeres, es inexorablemente un anormal, aunque él —o ella—, se crea una persona equilibrada y dueña de sí.

—No sé, no sé... —El teniente sacudió la cabeza, perplejo—. Podría aceptarse esa teoría, pero si se la expongo a los periódicos o al Comisionado de San Francisco, voy a salir por encima de los tejados. Dirán que soy yo quien está loco.

—No diga nada aún. Espere a confirmar esa teoría, teniente.

—Mire, Garfield, le dije ya una vez que no me gustan los detectives aficionados. Insisto en ello, y más, después de saber que anda por ahí, hablando con todos los sospechosos y sonsacando algo a cada uno de ellos. Pero daría todo eso por bien empleado si, realmente, usted estuviese en lo cierto. Por desgracia, ¿cómo podemos confirmar tales extremos? Cada uno de los personajes involucrados en el asunto, negará rotundamente cualquier relación con los asesinatos. Y muchos de ellos son demasiado importantes para complicarse la vida molestándoles: Galloway, Everett... Gente rica, influyente, capaz de meterme en líos, si se lo proponen.

—Desgraciadamente, creo que sólo existe un medio de saber algo.

—¿Cuál, Garfield? —indagó secamente el teniente Madison.

—Esperar.

—Esperar... ¿qué?

—El cuarto asesinato, por ejemplo.

Clark Madison pestañeó, con gesto de disgusto, y miró a Dick como si quisiera fulminarle. Su voz tronó con mal humor:

—¿Está convencido de que habrá un cuarto asesinato?

—Sí, teniente. Estoy convencido de ello. Ojalá me equivoque.

—Pero... ¿*quién*, amigo mío? ¿Quién puede ser esta vez la víctima?

—No lo sé. Alguien con belleza, atractivo, bonita figura, a quien la vida le sonría... Una mujer, desde luego. Y muy hermosa. Sea quien sea, teniente, una mujer de esas características peligra en estos momentos, en San Francisco y... ¡Diablos!

—¿Qué le ocurre ahora? —Se sobresaltó el oficial de Homicidios, ante su respingo y exclamación.

—Oh, nada. Sólo que recordé a alguien de esas características... y no quiero que le suceda nada, mientras yo pueda evitarlo.

—¿Quién?

—Gladys Stuart, la bailarina del Russian Hall.

CAPÍTULO VIII

—Te agradezco la idea, querido. Es muy halagador saber que alguien piensa así de una.

—No creo que pueda halagarte demasiado el que yo te imagine víctima del asesino —refunfuñó Dick Garfield, en mangas de camisa, recostándose en el sofá.

—No me refería a eso, sino a tu modo de verme: atractiva, hermosa, seductora... ¿No dijiste todo eso al teniente Madison?

—Bueno, poco más o menos —agitó una mano, risueño—. Ahora no vayas a sentirte engreída por mis elogios. Quizá el asesino no tenga mi mismo gusto, y nunca piense en ti como posible víctima...

—Más valdrá así —susurró ella, inquieta. Miró las vidrieras de su departamento en Jones Street, pensativa—. Creó que, cuando te marches, voy a sentirme muy asustada, desde hoy, Dick.

—¿No tienes ningún arma contigo? —indagó Garfield.

—No, salvo los cuchillos de cocina y... —Se detuvo, sorprendida—. Eh, espera. ¿Es que estás hablando en serio?

—Totalmente en serio, sí. No debes confiarte lo más mínimo. Hasta ahora, todas las víctimas han tenido alguna remota relación entre sí: Sally Hoffman disecó unos cisnes para el millonario Everett. Yo hice una estatua para Everett. Y Jade Wong era mi modelo para otro trabajo. Sheree West regaló los cisnes a la hija de Everett... Es como un ciclo incomprensible.

—Hay un factor común a todas: Everett.

—Cierto. Ya he pensado en eso. —Garfield arrugó el ceño—. Ahora, tú estás conmigo. Eres mi amiga, y si algún día piensas seriamente en tener novio, es posible que ese novio sea yo.

—¡Presuntuoso!

—En cuyo caso, sigue existiendo relación entre todos —sonrió Dick—. Hazme caso: compra un arma de fuego. Aunque Jade tenía una en su coche, según me contó la policía... y no le sirvió de

mucho. El asesino es fuerte. Muy fuerte.

—Everett no parece serlo...

—No te fíes de eso. Cualquier persona, si está loca, centuplica sus fuerzas hasta límites increíbles. La demencia da un vigor insospechado al más débil.

—¿Es... es un loco, el asesino?

—Sí, Gladys. Un loco rematado. No hay motivo para matar. Es decir, lo hay, pero es desquiciado. Alguien quiere ensañarse porque la adversidad se ensañó antes con él. Es una desviación patológica, bastante frecuente. El hombre es rencoroso por naturaleza. La envidia es motivo de muchas cosas. Pon todo eso en una mente desquiciada... ¿y qué resulta?

—Un monstruo.

—Eso es: un monstruo. Voy a hacer algo, Gladys: tengo un revólver en mi estudio, un viejo «Colt» calibre 32. Te lo traeré. Un disparo de ese arma conmocionaría a todo el barrio. Puede ser un buen compañero, en tu soledad.

Un repentino tamborileo comenzó en las ventanas. Dick Garfield giró la cabeza. Con un leve sobresalto, también Gladys miraba en esa dirección.

—Otra vez... —suspiró con fatiga—. La lluvia inevitable, Dick. Todos estos fines de semana ocurre igual.

Fue a la ventana y bajó la persiana graduable. El ruido de la llovizna, afuera, se amortiguó bastante.

Garfield se había quedado mirando repentinamente a la joven. Habló con voz tensa:

—Repíteme eso que has dicho, ¿quieres?

—¿Yo? —Gladys le miró, sorprendida—. ¿Qué quieres que repita?

—Lo que dijiste... Algo sobre la lluvia... y los fines de semana.

—Oh, nada que no sea cierto. Cada *week-end* llueve torrencialmente. Cierto que todos los días cae lluvia, pero en los últimos fines de semana, el aguacero es impresionante.

—Hoy es viernes, ¿no?

—Si el calendario no miente, sí —rió de buen grado ella—. ¿A qué viene todo eso?

—Estaba pensando en algo: un viernes por la tarde, asesinaron a Sally Hoffman en su tienda... un sábado noche, mataron a Jade

Wong en su coche...

—Pero a Sheree Wells no la mataron en el fin de semana —le recordó ella, irónica.

—Cierto. A Sheree, no. Pero en dos ocasiones anteriores sí eligieron el fin de semana.

Me pregunto por qué...

—Sería algo casual, Dick. Llevas tus suposiciones demasiado lejos.

—Tal vez. Si alguien muere asesinado este fin de semana, habrá que empezar a pensar algo que no se me había ocurrido aún...

—¿Y es...?

—Que los crímenes se tienen que cometer, necesariamente, en los fines de semana.

—Insisto: menos el del Russian Hall...

—Exacto. En cuyo caso... Sheree no murió por la misma razón que las demás.

—Dick, ¿qué estás pensando ahora? Todo eso no tiene sentido.

—Puede que no lo tenga..., pero me gustaría estar seguro. Lástima que, para ello, tendría que ocurrir algo. Y ahora. Este fin de semana, precisamente...

El timbre del teléfono sobresaltó a ambos. Se miraron los dos, inquietos. Gladys suspiró, tocándose el corazón, sobre su seno izquierdo.

—Terminarás haciéndome sufrir una dolencia cardíaca —se quejó—. Hasta el teléfono me asusta ya...

Fue al aparato. Lo descolgó, más serena.

—¿Diga? —preguntó—. Sí, Gladys Stuart. ¿Quién llama?

Tendió el teléfono a Garfield.

—Es para ti —dijo—. Te llama un buen amigo.

—¿Quién? —Se intrigó él.

—El teniente Madison, de Homicidios.

Garfield tomó el teléfono. Le tembló ligeramente el pulso. Sentía una rara excitación, y esa llamada la había aumentado bruscamente.

—Garfield al habla —dijo—. ¿Es usted, teniente?

—Sí, muchacho. Ya no tenemos que esperar mucho más. Ha ocurrido.

—Ocurrido... ¿el qué? —Se estremeció.

—Lo que usted pronosticó. El cuarto asesinato.

La mano de Garfield sé crispó en el teléfono, rabiosamente casi. Contuvo el aliento. —Dios mío...— jadeó. —¿Quién ha sido?

—Una enfermera de color: Donna Garrison. Centro Médico Californiano. Venga para acá, si quiere. Estoy aquí ocupándome de ello. Ya que es aficionado a estas cosas, le invito al espectáculo. Pero no venga, si es sensible.

—Ya vi eso otra vez, teniente —resopló Dick—. Está bien, ya salgo para allá.

Colgó. Se puso rápidamente en pie. Gladys le contemplaba, con ojos muy abiertos. Sus manos se oprimían, nerviosas.

—Dick... ¿Ha sucedido...? —musitó, algo pálida.

—Sí, ha sucedido.

—¿Quién... dónde?

—En el Centro Médico Californiano. Una enfermera de color, según parece. El teniente me espera.

—Quisiera... quisiera ir contigo —se estremeció ella—. No me gustaría quedarme sola aquí en estos momentos, Dick.

—Está bien. Vamos para allá. No te dejaré ver nada, pero vendrás conmigo. Entiendo lo que sientes, Gladys.

Salieron del apartamento. Gladys apagó las luces y giró dos veces la llave en la cerradura, mirando, aprensiva, hacia el corredor. Dick entendió.

—De regreso, pasaremos por casa —dijo—. Te daré esa arma. Así será mucho mejor para ti. Pero, de momento, no creo que tengas nada que temer ya... hasta el próximo fin de semana.

—Se cumplió tu teoría, entonces.

—Sí, se cumplió. Desgraciadamente, claro.

—Es lo que estoy pensando —el ascensor descendió con ellos. Garfield añadió, pensativo—: Como te dije, ahí hubo otro motivo diferente, aunque coincidiera con una víctima joven, hermosa y delicada como un cisne...

Donna Garrison era una mulata de un tono oscuro muy suave. Su piel, en vida, debió parecer bronce viviente. Ahora, el color era una mezcla de ceniza y sangre.

Nuevamente el estilo inconfundible del criminal. Monstruoso ensañamiento en la víctima. La faz hendida a golpes de arma cortante. Y el cuello, los senos, los brazos... El uniforme blanco de

la enfermera, aparecía salpicado violentamente de rojo. Garfield pensó en las blancas plumas de los cisnes, en las sedas y tules de una bailarina de clásico... Blanco y rojo. Una sinfonía estremecedora.

—¿Qué arma usaron esta vez? —Se volvió Dick hacia el teniente de policía, parado ante el cadáver de la enfermera, en aquella dependencia blanca y aséptica del Centro Médico Californiano, en Telegraph Hill.

—Un bisturí terriblemente afilado —murmuró Madison—. Debieron degollarla primero. Luego, se ensañaron, una vez muerta. Nadie oyó gritos ni ruidos. Estas dependencias son de servicio. Donna Garrison hacía guardia, hoy. Era su hora de entrar de turno de noche.

—¿Quién podía saber eso?

—Todo el hospital. Pero no creo que nadie de fuera, a menos que conociese a la mujer.

Garfield no dijo nada. Estudió el cadáver ensangrentado. Donna había sido, sin duda, una mulata muy hermosa. Los labios eran carnosos, pero no demasiado abultados. Las facciones muy correctas, el cabello rizado cubierto por una peluca que el asesino, al descargar sus tajos feroces, había arrancado a un lado, manchándola de sangre.

Bajo la bata blanca, se adivinaban unas formas generosas, espléndidas, de mujer voluptuosa. El corto uniforme revelaba las bien formadas piernas. En vida tuvo que ser muy llamativa, la Garrison. Ahora, la desdichada era sólo una víctima más, en la cadena de horrores de aquel monstruo.

—Pobre mujer... —murmuró Dick—. Debía ser muy joven...

—Veinticuatro años. Llevaba tres de enfermera en este hospital. No tenía familia. —Madison sacudió la cabeza—. Cielos, me gustaría echar el guante a ese monstruo...

—También a mí —afirmó Dick, pensativo.

Se incorporó, alejándose con el policía. A su alrededor, técnicos del Gabinete de Identificación, el forense, médicos y personal del Centro, formaban un mundillo confuso y excitado.

—Bien, Garfield —el policía le contempló, con cierto respeto—: Su teoría se confirma. Hubo otro crimen. ¿Qué deducimos de él ahora?

—No lo sé, teniente. Ella no se relaciona, según parece, con las demás víctimas... Escuche esto, por favor: ¿hay algún indicio que pueda ayudarle en el actual crimen?

—No —suspiró Madison—. Nadie ha visto a persona alguna. Claro que es un centro médico muy concurrido. Y las batas blancas y todo eso, permite una fácil desaparición... El asesino pudo entrar impunemente, cometer su crimen y salir de allí, sin ser advertido. Como un paciente, como un visitante... o como un enfermero, médico o lo que fuese.

—El criminal sigue evaporándose como un fantasma —sentenció Garfield—. Es hábil, endiabladamente astuto...

—Sí, lo es. Imagino que me dirá usted ahora que hemos de esperar, cuando menos, a un quinto asesinato, por si algo sucede que nos ayude...

—No —negó lentamente Dick—. No creo que debamos esperar tanto, teniente.

—¿Cómo? —Madison le contempló, perplejo—. ¿Qué es lo que me está usted ocultando?

—No le oculto nada que usted no sepa, teniente —resopló Dick.

—Le advierto que esconder pruebas a la policía, es un delito que puede ser severamente castigado, puesto que podría redundar en perjuicio de otras personas, amenazadas de muerte por ese maníaco...

—Déjese de monsergas, teniente. Lo único que yo sé, es personal. Una teoría, un simple juego deductivo, que puede ser un gran error.

—¿A qué se refiere?

—No creo que deba revelárselo aún, en tanto no estoy absolutamente seguro de ello...

—Pues tiene que revelármelo, o daré orden de detención contra usted, por ocultamiento de pruebas y posibles sospechas de homicidio. Elija, Garfield.

—Teniente, es usted obstinado. Me he limitado a estudiar estos crímenes —señaló a Gladys, que le esperaba, paseando nerviosamente por el amplio vestíbulo del hospital—. Ella sabe lo que quiero decir. Le dije que si se cometía un nuevo crimen hoy, mañana o pasado, podría resultar significativo.

—Y se ha cometido —gruñó Madison—. ¿Qué tiene eso de

significativo?

—Estamos en el fin de semana, teniente.

—Oh, claro. Y usted no disfrutará de él en libertad, si sigue jugando a las charadas.

—No hay ninguna charada, teniente. Todo aparece claro. Los tres asesinatos se han cometido en fines de semana, ¿es que no se dio cuenta?

—Yo diría que fueron *cuatro* los asesinatos, ¿no?

—Pero uno fue diferente. Se cometió fuera de turno.

—¿Qué significa eso de «fuera de turno»? —masculló el oficial de policía.

—Sheree Wells. Murió por otra razón, aunque pareciese un crimen idéntico a los demás, no forman parte del ritual sangriento del asesino. Debe cometer todos sus crímenes en los *week-ends*.

—Pero... ¿por qué? —Se irritó el teniente.

—No lo sé aún. Podríamos, sin embargo, aventurar una idea. Si el criminal es un demente obsesionado por una idea fija, busquemos el motivo justamente en esa misma idea obsesiva.

—Eso parece chino. Según usted, su único afán es de venganza, de ensañamiento en las personas hermosas, sean de la raza que sean, siempre que sean mujeres atractivas, jóvenes, dotadas de un físico admirable...

—Exacto. Por tanto, ahí está la clave. Yo que usted, teniente... averiguaría en qué fecha, exactamente, se quedó inválido Hasper Galloway. Y cuándo sufrió Lorna Parker su accidente de automóvil y amputación de la mano derecha. Y cuándo empezó a perder la vista Merrill o, al menos, cuándo se enteró de ello formalmente, a través de algún oftalmólogo... Y, desde luego, cuándo halló la muerte Elma Everett en su estanque... Cuando sepa esas fechas, averigüe usted el día de la semana que era... y quizá tengamos algo concreto, teniente.

—¿Pretende sugerir que el criminal mata en estas fechas determinadas, para ser más fiel a lo que él mismo experimentó?

—Sí, teniente. Porque todo forma parte de un ritual. Un horrendo ritual sangriento, en el que un cerebro enfermo juega un importante papel... Eso es lo que sucede. Y eso es lo que yo creo que significan esas muertes en fechas determinadas de la semana. Ahora, es cuestión suya saber *quién* o quiénes, entre todos los

sospechosos, encaja en esa posibilidad...

—Puede ser más de uno, Garfield. Tenemos el viernes, el sábado, el domingo...

—Sí, son muchas fechas. Quizá alguno coincida. Si es así... procederemos por eliminación. Será mejor eso, que nada.

—Pero... ¿está usted seguro de que *uno de ellos* es el monstruo que buscamos?

—Sí, teniente —afirmó Garfield, rotundo—. Completamente seguro.

CAPÍTULO IX

—¿Y ahora, Dick?

—Ahora, a esperar... —suspiró Garfield, haciendo girar la llave en su cerradura—. Entra, Gladys. Tomaremos una copa, y te daré ese revólver. Luego, te llevaré a tu casa. Creo que ambos necesitamos descansar.

—Y también la copa —musitó ella, mientras Dick encendía la luz del estudio—. No he visto el cadáver de esa desdichada enfermera, pero lo imagino todo fácilmente...

—No, no puedes imaginarlo —negó gravemente Dick—. Es demasiado espantoso para suponer cómo ocurrió. El asesino se ensaña cada vez más con sus víctimas. Es un indicio estremecedor.

—¿Qué crees que significa? —Se estremeció Gladys, mientras Dick cerraba la puerta, y daba otras luces indirectas y suaves.

—Que el loco empeora. Es un proceso evolutivo inexorable.

—¿Y... dónde terminará?

—Espero que en prisión o en un manicomio —susurró Dick—. Ya que no hay cámara de gas en nuestra bendita California, sus atroces crímenes no tendrán una expiación demasiado rígida. Además, si sufre una demencia criminal, se salvaría fácilmente de esa suerte también. Pero su locura no le disculpa. Es un monstruo de maldad. Y esa crisis ha permitido que su natural perversión aflorase a la superficie.

—Hablas como un experto en psiquiatría, Dick —comentó Gladys, tratando de mostrar buen humor.

—Leí algunas obras sobre el tema —dijo el escultor—. Me gusta la psiquiatría.

Se inclinó a recoger cosas heterogéneas, dispersas por las alfombras y asientos. Al hacerlo, se tropezó con una fotografía de considerable tamaño, entre una serie de folletos y libros de arte. La contempló, perplejo.

—Diablo, creí que las había devuelto todas... y ahora aparece ésta —comentó.

—¿Qué es eso?

—Una fotografía —se encogió de hombros Dick—. De Elma Everett. Su padre me dio unas cuantas para mi busto en bronce. Debí traspapelar ésa...

—Era una muchacha muy hermosa —comentó Gladys, estudiando la fotografía.

—Mucho —asintió Dick—. Sobre todo, su boca, sus ojos...

Se detuvo. Clavó la mirada atónita en la fotografía de la bella joven allí representada.

Sintió un frío sutil en su espina dorsal. El sudor, helado, empapó su frente, de súbito.

—Dios mío... —jadeó—. No puede ser...

—¿Qué te ocurre, Dick? —se alarmó Gladys, mirándole fijamente—. Estás pálido...

Parece que hayas visto un fantasma...

—Un fantasma... —Tembló Dick—. Sí... Eso es lo que he visto... Esa boca... ESOS OJOS...

Ahora sé... por qué me resultaron familiares...

—Dick, por Dios, no te entiendo. ¿A qué te refieres?

—No era su expresión patética... No, no era eso. No me recordaba a nadie por su dolor y amargura, sino *a ella misma*... — Pero ¿qué estás diciendo?

—Gladys, es horrible... Pero..., pero, esa muchacha a quien todos dan por muerta en el fondo de un estanque... ESTA VIVA.

—¡Dick! —Palideció Gladys—. ¿Qué quieres decir...?

—Es ella... Muriel Everett, la muchacha deforme... ES ELMA.

—Me equivoqué, Garfield. Creí que lo había descubierto ya esta misma tarde...

Gladys lanzó un grito de terror. Garfield alzó la cabeza, sobresaltado.

En la puerta del lavabo, había aparecido ella. Con su rostro crispado, cubierto de lívidas cicatrices y deformidades... Con sus ojos inconfundibles fijos en él. Con un revólver, el suyo, en una mano. Con un largo cuchillo de cocina en la otra...

—Elma... Elma Everett... —susurró Garfield—. ¿Cómo entró usted aquí?

—No es difícil, cuando se tiene un buen juego de ganzúas —rió ella malignamente—. Lo siento, Garfield. Pero he venido a matarle. Sólo a usted... Claro que si esa hermosa criatura le acompaña... tanto mejor. Serán dos mis víctimas de ahora... Y, ciertamente, la horrible muchacha no hablaba en broma.

El silencio era agobiante. Sólo se percibía el tamborileo monocorde, irritante, de las gotas de lluvia en el tragaluz. Afuera, la noche era oscura, húmeda y hostil. Adentro, la muerte visitaba a Richard Garfield y a Gladys Stuart.

Una muerte inexorable y aterradora.

—Ha ido demasiado lejos —susurró Dick—. No ganará nada cometiendo dos nuevos asesinatos y...

—¡Quieto! —Detuvo ella su movimiento instintivo, disimulado. Alzó el revólver—. No me obligue a disparar ya. Lo haré enseguida, pero antes quisiera saber si sospechó realmente de mí...

—No. Sospechaba de su padre. Luego, empecé a dudar. Su deformidad física podía ser el gran motivo que yo buscaba. Más que la amputación de Lorna Parker o la invalidez de Galloway, o la amargura misma de su padre... Pero Elma, ¿por qué toda esa farsa? ¿Por qué darla por muerta en vida? ¿Por qué llamarla Muriel?

—Muriel fue quien murió en el fondo del estanque... —susurró la deforma mujer—. Yo sobreviví... abrasada por el fuego del combustible inflamado. Fue culpa mía, lo sé. Yo conduje a Muriel al estanque. Quería divertirme aquella tarde. No fue justo que sucedieran así las cosas...

—Pero ¿por qué el cambio de identidades? Es... es monstruoso...

—Papá enloqueció. Primero creía que era yo la muerta. Luego, ya no se recuperó, cuando supo la verdad. No me quería realmente como a una hija. Sólo me quería por orgullo, porque yo era hermosa y la hija de su segunda esposa, Muriel, era fea. Le enorgullecía sentirse perfecto, incluso como padre. Ama lo bello, lo perfecto. Para él, yo era perfecta, bellísima... Como los cisnes, con los que siempre me comparó. Al verme así... desfigurada tan terriblemente... juró que no era yo. Yo no podía ser su hija. Casi enloqueció. Mi madrastra, demasiado débil, se sometió a su ridículo capricho de viejo demente... y aceptó que Elma hubiera muerto, como él decía, que yo fuese... Muriel, la fea. ¿Se da cuenta,

Garfield? Sin esa monstruosa deformación de la realidad, quizá yo no me hubiera encerrado en mí misma, despreciada por todos: por mi padre, por ser horriblemente fea. Por mi madrastra, por haber sido responsable del fin de su hija... No les fue difícil fingir que era Elma la difunta. Nadie la vio muerta, salvo gente que no la conocía. Además, el agua y los peces desfiguraron su aspecto... Y yo... yo era irreconocible.

—Yo me fijé en sus ojos, Elma. Y en su modo de hablar de Muriel y de Elma... Intuí algo raro, anormal, pero se me fue de la mente...

—Yo me di cuenta de eso. Temí que se diera cuenta de la verdad, Garfield. Por eso he venido. Veo que hubiera terminado por descubrirlo, de todos modos. Ese retrato mío le hizo recordar...

—Elma, ¿por qué esos crímenes horribles? Con ellos no volverá la hermosura a su rostro.

—Pero es un pequeño desquite, un placer que nadie me quitará... —Sus ojos brillaron, malignos, en la faz informe—. ¡Otras sufren lo mismo que sufrí yo, antes de morir destrozadas por mis manos! Esa bella muchacha que le acompaña, Garfield... será otra de ellas...

—No, Dios mío, no... —gimió Gladys, llevándose las manos al rostro, trémula.

—¡Estese quieta, maldita sea! —Silabeó Elma Everett—. Y usted, Garfield, no intente nada. Sé disparar muy bien. Le volaré la cabeza, en cuanto lo desee. Está perdido, y lo sabe.

—También usted está perdida, Elma... —Dick dominó sus emociones, siguió controlándose a duras penas—. ¿Cuándo sufrió su accidente, Elma? ¿Un sábado, un domingo... o un viernes?

—Fue un terrible y triste sábado el que... —Se detuvo. Miró a Dick con sorpresa, con malévola sorpresa—. Vaya, ¿también descubrió eso? Es más listo de lo que creía...

—Su trauma es la evidencia que busca la policía. Ellos saben ya que alguien sufrió un accidente en un fin de semana. Van a averiguarlo todo, Elma. Como averiguarán que, sin duda, Sheree Wells fue asesinada para que si algún día iba a Alameda Terrace, no identificase a su joven amiguita Elma, a quien regaló los cisnes, del mismo modo que yo pude identificarlo: por sus ojos...

—Sigue siendo tremendamente listo, Garfield. Sí, Sheree no

debía vivir para verme... y reconocirme. Eso sería fatal. Me delataría ante todos. Para la gente, ahora, yo soy Muriel Everett, la hija fea, que nada perdió con quemarse su rostro...

—¿Y Donna Garrison, la enfermera?

—Mi cuarta víctima —rió—. La elegí, recordando que ella había estado presente en mi accidente, cuando me llevaron para ser tratada de mis quemaduras, bajo el nombre de Muriel Everett. Era una guapa mestiza. Servía para sentirme feliz de borrar su sonrisa de mujer dichosa, de frívola y seductora enfermera, capaz de dejarse galantear por todos, mientras yo...

Hubo otro silencio tenso. Ya había poco o nada que hablar. Y el peligro era latente. Un peligro de muerte para Garfield, para Gladys...

—Bien... —jadeó Dick—. Debería renunciar ya, Elma. No tiene objeto. De un momento a otro, van a detenerla. Esto se termina.

—Sí. Se termina para usted, para Gladys... No hable tonterías, Garfield. Está perdido, y lo sabe. Yo no acostumbro a fallar jamás. Ahora... ¡adiós a ambos!

Alargó el brazo armado. Su revólver apuntó primero a Garfield. En la mano zurda, el cuchillo de cocina destellaba cruelmente. Dick sabía que con esa arma destrozaría, luego, el bello rostro de Gladys...

Y él no podía hacer nada por evitarlo.

Pero tampoco tenía nada que perder ya, puesto que un segundo o dos después tenía que morir con la cabeza agujereada...

De modo que, cuando menos, había que intentarlo.

Y lo intentó.

Se precipitó, con un empuellón formidable, sobre Gladys, arrojándola detrás del sofá, al tiempo que él brincaba desesperadamente en el aire. Pese a ello, retumbó el disparo de su propio «Colt», empuñado por Elma Everett... y la bala se clavó en su carne.

Sintió el seco mazazo ardiente del proyectil en su cuerpo, y los ojos se le nublaron un instante. Ya había caído junto a su mesa de trabajo, y el cilindro giraba en el «Colt» para preparar la segunda bala en la recámara.

Los ojos de Elma, en aquel rostro alucinante, eran dos luces crueles, malignas y ávidas de destrucción, de muerte, de sangre...

Garfield aferró una de sus estatuillas de piedra, medio terminada. La arrojó violentamente contra su adversaria.

Elma recibió el impacto de la estatuilla en pleno rostro. Gritó, disparando de nuevo, pero ahora la bala se perdió en el techo inclinado del estudio, por encima del herido Dick Garfield.

Rápido, el escultor se precipitó, pese a su herida, sobre la mujer armada. Ella, rápida, le arrojó el revólver a la cabeza. Dick eludió el impacto, y se encaró a Elma, que sólo esgrimía ya el afilado y largo cuchillo de cocina. Un arma sumamente peligrosa... sobre todo en manos de quien tan hábilmente sabía manejar las armas incisivas.

El tajo lanzado silbó en el aire, rasgando la ropa de Dick, y haciendo brotar goterones de sangre de su pecho. Ella reculó, manteniéndose a distancia. Garfield, vacilante, sintiendo correr sangre de su herida de bala, y notando que la debilidad iba ya haciendo presa inexorable en él, trató de luchar a la desesperada contra aquel monstruo de maldad.

Junto a él, se alzaba la figura en arcilla de Jade Wong. La aferró, empujándola contra la que fuera su asesina. Elma giró la cabeza. Gritó, al venírsele encima la estatua de tamaño natural, desde su pedestal destinado a la ONU.

El impacto de la estatua en su cabeza, hizo que la figura de Jade se quebrase inevitablemente en pedazos. Pero, aturdida. Elma perdió su cuchillo, que tintineó, yendo a clavarse en un mueble de madera, vibrando rabiosamente.

Garfield, decidido, se movió hacia la feroz criminal. No sentía piedad alguna por ella. Ni siquiera recordaba ya que era una enferma mental, sino pensaba en Sally Hoffman, en Jade, en Sheree, en Donna Garrison... Sobre todo, en Jade...

—Se terminó... —jadeó roncamente—. Te lo dije, Elma Everett... Es el fin de tu sangrienta y maldita carrera...

Ella chilló, retrocediendo. Le miró como posesa. En ese momento, golpearon rabiosamente en la puerta. Una voz potente retumbó:

—¡Abran! ¡Abran a la ley! ¡Garfield! ¿Está usted ahí, Garfield?

Era la inconfundible voz del teniente Madison. Ella miró hacia Garfield, hacia Gladys, que había logrado apoderarse del revólver ya...

Luego, inesperadamente, con un alarido demoníaco, inhumano

casi, Elma Everett corrió a la gran vidriera del estudio, y se precipitó contra ella.

Se abrió en los cristales una enorme estrella, entre un estrépito formidable. Y por el boquete, se perdió, en mortal zambullida hacia la calle, el cuerpo juvenil y ágil de la que un día fuera hermosa muchacha, y la fatalidad había convertido en un auténtico monstruo de perversidad.

Tras el alarido prolongado de la muchacha, se percibió el lejano choque sordo en el asfalto.

Y todo terminó.

La puerta cedía ya, tras unos disparos a la cerradura. Madison entró, seguido de dos de sus agentes de policía. Al entrar, advirtió todo cuanto sucediera en el estudio de escultor de Dick Garfield. Miró, sombrío, al ventanal.

—Se salió con la suya, Garfield —dijo—. Ella pagó ya sus crímenes...

—¿Sabía... quién era? —musitó Dick, caminando lentamente hacia Gladys, sujetando su herida del costado.

—Lo imaginé, al averiguar qué Muriel Everett había sufrido el accidente con Elma en sábado... Era el único caso. Vine a prevenirle, cuando vi abajo un automóvil aparcado... y leí el nombre de Muriel Everett en el permiso de circulación... Temí lo peor, Garfield, recordando sus teorías...

—Que han sido ciertas por completo —suspiró Dick—. Incluso en lo de Sheree Wells, a la que asesinó con un espejo... después de quebrar éste, quizá para no ver su terrible fealdad, reflejada en él...

Cayó de rodillas junto al sofá. Gladys estaba ya allí, junto a él. Le atendía, solícita.

Parecía preocupada por su herida. Madison se aproximó.

—No es nada —sacudió la cabeza, yendo al teléfono—. No se mueva. Cuide de él, señorita Stuart. El doctor le sacará la bala de ahí, y le dejará como nuevo... ¡Estos detectives aficionados! ¿Por qué no dejó que la policía investigara todo, en vez de querer hacerlo usted?

—¿Lo hubiese descubierto por sí solo, teniente? —jadeó Dick.

—Pues... me temo que no —confesó lealmente Madison, rascándose los cabellos—. Pero la verdad es que arriesgó demasiado en este juego.

—Siempre hay que arriesgar algo, si se quiere ganar —suspiró Garfield, mirando, risueño, a Gladys. Y le preguntó a ella—: Te salvé la vida, querida... Después de esto, supongo que sí puedo pedirte que seas mi esposa alguna vez...

—Eres incorregible —sonrió ella, entre lágrimas, aún pálida y demudada—. Pero dado que vas a ir herido al hospital... tendré que decirte que sí, para que eso te sirva de estímulo, y te cures antes de tu herida, Dick...

—Bravo... —El escultor suspiró, contemplando los trozos de la estatua de Jade Wong—. A esto le llamo yo un final feliz, teniente. Como en las novelas...

—Sí, evidentemente tuvo mucha suerte en todo —asintió Madison. Miró a Gladys—. Incluso en que le acepte una muchacha tan encantadora...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



NOTAS

[1] Es tradicional en California, especialmente en San Francisco, tomar mariscos y crustáceos y beber vino —de vides californianas—, muy al contrario de las costumbres del resto de Estados Unidos, donde ninguna de ambas cosas goza del favor popular en absoluto.

< <